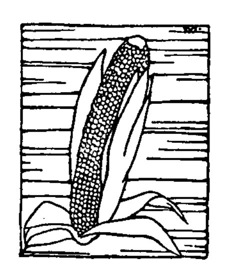
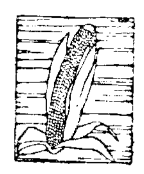


COMUNISMO
y JUDAÍSMO

ESTEBAN J. MALANNI

COMUNISMO *y* JUDAÍSMO



EDITORIAL LA MAZORCA

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
QUE PREVIENE LA LEY Nº 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA

ACABADO DE IMPRIMIR EL DÍA 31 DE MAYO DE 1944

TALLERES GRÁFICOS LA MAZORCA - PERÚ 1038 - BUENOS AIRES

INTRODUCCION

No deseamos incurrir en la imperdonable ingenuidad de explicar el complejo fenómeno del comunismo, sobre todo, del régimen soviético, solamente como un resultado de las ideas y las maquinaciones del pueblo judío, o de un núcleo característico de éste. En realidad, la revolución rusa —de la cual derivaron las otras: la húngara, las alemanas, la española— ha sido posible en virtud de varias causas concurrentes y condiciones históricas. Entre las causas, las principales son tres:

1ª. (de orden histórico), el desgaste de la clase burguesa y de su ideología —liberalismo, individualismo, agnosticismo, relativismo, etc.—, a la vez que el advenimiento de la clase proletaria y de una ideología anti-individualista, sea en su forma extrema de colectivismo, previa dictadura de una minoría proletaria (al modo ruso), sea en su forma ponderada de corporativismo, en el cual sólo se extrema el principio colectivista, a veces, para compensar los exce-

sos anteriores del desenfrenado individualismo del tipo burgués-capitalista o del anarquista;

2ª. (de orden caracterológico), la mentalidad rusa; por un lado, —más que causa, condición—, la atávica sumisión al látigo del pueblo ruso (aspecto estudiado a fondo por Ramón Doll en el volumen, "Itinerario de la Revolución Rusa", publicado por LA MAZORCA*); por otro, su tendencia profunda y nostálgica a Jerusalén, a Bizancio, a ocupar la cuna y el centro antiguo del cristianismo, y desde allí dominar píamente al mundo, convirtiendo a todos los pueblos a la ortodoxia; el comunismo no sería, así, más que una especie de desborde apostólico sin Dios, o más aún, contra Dios; se conservarían el impulso y la forma sin su móvil y su contenido tradicionales (véase, a este respecto, "Comunismo y Religión", de Máximo I. Gómez Forgues);*

3º. (de orden sobrenatural), las tendencias disolventes y desintegradoras del alma judía, virtualmente consustanciales a ésta, mas no siempre manifiestas, sea por razones de índole religiosa, o porque las condiciones históricas oponen un dique infranqueable a su libre ejercicio.

Se objetará el término sobrenatural *con que designamos el plano en que actúa el pueblo judío, en virtud de que tales tendencias desintegradoras suelen ser comunes a los pueblos semíticos y, en general, a los pastoriles. ¿Cómo se explica, sin embargo, que los demás pueblos semíticos hayan cumplido su ciclo histórico en*

modo al parecer irrevocable, manteniéndose luego en las márgenes de la civilización, mientras que el pueblo judío no pierde actualidad nunca? No podemos perder de vista la elección del pueblo hebreo para la custodia del gran germen religioso monoteísta, hasta tanto llegara la madurez de los tiempos en que aquél debía diseminarse por todo el mundo, fructificando ya en su plenitud suprema con el misterio de la Redención. Y no podemos perder tampoco de vista el hecho de la diáspora, que no admite otra explicación que el de la maldición divina, en castigo de haber rechazado y asesinado al Mesías. Resulta imposible, en fin, estudiar al pueblo judío con un criterio puramente racial e histórico. No significa esto, sin embargo, que el pueblo judío se encuentre por encima de la justicia de los cristianos. Constituye un género muy equívoco y sospechoso de cristianismo insistir en el carácter sagrado del pueblo judío, pasando por alto su condenación tremenda, y recriminar las providencias defensivas de los cristianos como intrusiones en el plan divino. Cabe creer, al contrario, que el plan divino prevé y exige tales providencias, pues de otro modo, ¿dónde estarían los resultados y efectos de la condenación? Quiere decir esto que las maquinaciones disolventes y desorientadoras del pueblo hebreo, o de sus núcleos más conspicuos, se hallan en el dominio de la historia y de nuestras leyes; y aunque puede haber injusticia en castigar a todos por faltas no comprobadas en

todos, tal injusticia no es más grande que las profusas y terribles que jalonan la historia del hombre. Todas las víctimas de la injusticia tienen derecho a reclamar; pero los judíos, menos que ninguno, tienen derecho a reivindicar una primacía en tal respecto. Las diversas campañas antisemitas modernas, que consisten en incruentos desplazamientos sociales e internacionales de judíos acomodados, suscitan una indignación que parece universal, si se juzga por los periódicos "democráticos" y las declaraciones de los grupos políticos y secretos de la misma tendencia. ¿Dónde están, en cambio, hoy día, la indignación y el horror que provocaron, y debieran seguir provocando, las espantosas matanzas de Rusia, Hungría, Baviera, Berlín y España? Bien se ve, pues, que si los judíos parecen ocupar el primer puesto entre las víctimas de las persecuciones, es sólo porque existe una confabulación publicitaria destinada a exagerar sus padecimientos y a ocultar los de otros pueblos, cien veces más horribles todavía.

CAPITULO I

LAS TENDENCIAS REVOLUCIONARIAS DEL CARACTER JUDIO

La revolución y las tendencias desintegradoras.

Antes de estudiar las tendencias revolucionarias del carácter judío, corresponde advertir que tomamos la voz *revolución* en el sentido que le adscriben las doctrinas reaccionarias, vale decir, como un fenómeno desintegrador y destructivo. No debe olvidarse, empero, que puede haber y ha habido revoluciones de signo positivo, motivadas por un anhelo de repartir la tierra —extendiendo así la propiedad privada— o de robustecer el Estado —impidiendo así la anarquía—. Se hace preciso establecer esta distinción previa, porque se ha generalizado la expresión "tendencias revolucionarias del alma judía". Mejor sería reemplazar el término por

subversión, pues el judío se halla en realidad contra el orden estatuído. "Poco les importa —dice H. de Vries de Heekelingen— la estructura del Estado por destruir. En una monarquía, serán republicanos; en una república conservadora, serán socialistas; en una república socialista, serán comunistas. Poco importa, con tal que destruyan lo que ya existe" (1).

Una objeción que se presenta, al parecer, bien fundada, contra la convicción general de que el judío es un sujeto de espíritu revolucionario o subversivo es la de que hay judíos que, no sólo no son comunistas, sino que inclusive son anti-comunistas. Desde luego, y aun cuando no falten quienes digan lo contrario, el número de estos últimos es mucho menor que el de los que militan en el comunismo o miran sus doctrinas y procedimientos con simpatía. Pero no es la razón numérica la más poderosa para invalidar las impugnaciones a esa creencia tan profundamente arraigada. Hay diversas maneras de subvertir el orden estatuído y precipitar la revolución desintegradora, desde el golpe de Estado comunista, seguido del terror y la dictadura del proletariado, hasta el aplauso organizado a las escuelas aberrantes, decadentistas y dadaístas en el campo del arte, cuando no su iniciación y teorización directamente. Entre

---

(1) H. DE VRIES DE HEEKELINGEN, *Israel: su pasado, su porvenir*. Trad. castellana de "La Mazorca", Buenos Aires, 1939, p. 75.

aquel polo espectacular y éste de apariencia intrascendente, existe una riquísima gama de fenómenos desintegradores, en todos los cuales nunca dejaremos de hallar un judío (1). Freud, Einstein, Bergson, Lombroso, Chaplin, Max Nordau, Marc Chagall, Otto Dix, Arnold Schönberg... todos estos nombres, cuya serie puede

---

(1) Un buen resumen de tales tendencias desintegradoras, que no hacen la revolución, pero la preparan, ha sido expuesto por una publicación inglesa (*The Nameless Order*, "La Orden Sin Nombre", *by Dargon*, Londres), la cual presenta así los seis puntos principales del programa de las sociedades secretas:

"1º. *Religioso.* — Desacreditar, hasta destruirla, a la fe cristiana por la filosofía, el misticismo o la ciencia empírica.

"2º. *Moral.* — Corromper la moralidad de los pueblos occidentales, infiltrando la moralidad de los pueblos orientales; debilitar los lazos del matrimonio; destruir la vida de familia, y abolir el derecho sucesorio y hasta los nombres de familia.

"3º. *Estético.* — Culto de lo feo y extravagante en arte, literatura, música y teatro. Modernismo, orientalismo crudo y degeneración.

"4º. *Social.* — Abolición de la aristocracia y creación de la plutocracia; la riqueza, única distinción social; encender la lucha de clases, llegando al proletariado mediante la vulgaridad, la corrupción, la envidia, de donde nace el odio al patrón.

"5º. *Industrial y económico.* — Industrialmente, vulgarización de la baratura de productos, centralización, *cartells* y *trusts* que lleven a la abolición de la propiedad privada y al socialismo de Estado.

"6º. *Político.* — Matar el patriotismo y el orgullo

extenderse hasta llenar la página, y que representan diversas tendencias disolventes mezcladas con aportaciones válidas (naturalmente, la propaganda y las exposiciones de divulgación sólo destacan las primeras), bastan para dar una idea de la profundidad con que se ha extendido y ha penetrado en nuestra sociedad y nuestra cultura el judaísmo. "Freud, Einstein, Marcel Proust, Charlie Chaplin —manifiesta un prominente escritor judío— abrieron en nosotros, en todos sentidos, prodigiosas rutas, que derriban los tabiques del edificio clásico grecolatino y católico, en cuyo seno acechaba, desde hacía cinco o seis siglos, la ardiente duda del alma judía las ocasiones de conmoverlo" [1].

---

nacional, y, en nombre del progreso y de la evolución, establecer el internacionalismo como ideal de la fraternidad humana".

(Citado por León de Poncins, *Las Fuerzas Secretas de la Revolución* (Madrid, 1932), pp. 107-108.)

Cabe decir al respecto de este programa masónico lo mismo que con respecto de los *Protocolos de los Sabios de Sión:* "Se non è vero, è ben trovato". Efectivamente, observamos con perfecta claridad cómo los hechos postulados se han ido presentando en nuestra sociedad, cual si obedecieran a un plan prefijado.

[1] ELIE FAURE, en *La question juive* (1934), p. 91.



Jacobo Moisés Sverdlof, una de las personalidades más potentes y siniestras de la U.R.S.S.



Gregorio Apfelbaum-Radomyslski, alias Zinovief, el brazo derecho de Lenin.



León Bronstein, alias Trotsky.



L. B. Rosenfeld, alias Kamenef, inseparable de Zinovief.



Wallach - Meier - Finkelstein, alias Nitz, o Papascha, o Félix, o Graf, o Poliansky, o Litvinof.



Moisés Uritzky, jefe de la Checa de Petrogrado. Mandaba a los marineros que disolvieron la Asamblea Constituyente.



Sobelsohn, alias Karl Radek, el "intelectual" de la Revolución Rusa.



A. A. Joffe, principal gestor de la paz con Alemania en 1918; luego embajador en Berlín. Terminó suicidándose.

Liberalismo y comunismo.

En este sentido, hay que distinguir varios grados de acción disolvente y varios planos en que ésta se ejerce. En primer término, está el espíritu liberal, relativista, escéptico, que no cree en nada, que acepta el matrimonio y el amor libre, la religión y el ateísmo, la tradición y la revolución, el bien y el mal, las formas clásicas y las aberrantes; y, de ese modo, franquea la puerta a los gérmenes de la decadencia. Su actitud, empero, no es en absoluto prescindente, pues, cuando se plantea una disyuntiva de hierro, el liberal se inclina por las fuerzas de la destrucción contra las reconstructivas. Se ha visto así, palpablemente, como la Masonería, organización de neta estirpe liberal, se inclinó abierta y públicamente por la causa roja del Frente Popular o República, contra la causa nacional, al poco tiempo de iniciarse la guerra civil española.

Después del espíritu liberal, que ya de por sí favorece a las fuerzas de la disolución, viene el *comunismo cultural,* también llamado *comunismo de salón* o *de cuello y corbata,* compuesto por aquellos intelectuales, escritores, artistas y gente de posición, de uno y otro sexo —y no raramente del intermedio—, que, gozando con las experiencias desintegradoras en modo patológico, practica las ideas, normas morales y

costumbres del comunismo en su fuero privado y sus círculos, mas no actúa en el plano político de la revolución proletaria, sea por cobardía, por cálculo, o bien, por su apego a lo intermedio e híbrido. Comunistas culturales, en este sentido, son aquí la casi totalidad de los dirigentes socialistas de la Casa del Pueblo y de los radicales del ala izquierda, y hasta algunos del conservadorismo.

E igualmente cabe incluir entre éstos a los innumerables capitalistas judíos que aparecen inclinados, por razones económicas al menos, hacia el conservadorismo, pero que al mismo tiempo prodigan sus subvenciones a las publicaciones y asociaciones de sentido comunista. Luego veremos cómo se demuestra documentalmente esta doble cara de la alta finanza internacional al referirnos a las subvenciones que recibieron de varios banqueros judíos los dirigentes de la Rusia soviética.

Finalmente, están los comunistas militantes o políticos, que no sólo tienen un ideario destructivo, sino que también actúan más o menos francamente en el campo político o de la lucha por el poder, y enderezan sus esfuerzos a la conquista del Estado y la implantación de la dictadura proletaria.

Es muy raro, virtualmente imposible, hallar un judío que no milite en ninguno de estos tres sectores. El que no practica el volterianismo, o descreimiento demoledor más o menos irónico, tiende a exaltar —desde la cátedra, el libro,

el periódico cultural, el diario— las tendencias morbosas en el campo del arte y la literatura, las libres relaciones de los sexos, etc., y a demostrar la elasticidad de las normas morales "según los tiempos". Luego están los comunistas culturales y los militantes: ¿cómo ignorarlo si los mismos judíos lo reconocen? "¿Creéis, pues, vosotros —dice Max Nordau—, que es por azar que se hallan en el nacimiento del socialismo contemporáneo los judíos Marx y Lassalle; y que, aun ahora, entre los teóricos del socialismo, ocupan los judíos los primeros puestos? Estos hombres, por más que renieguen de su judaísmo, están dominados, sin saberlo, por un atavismo judío" (1).

León de Poncins, en la p. 139 de *Las fuerzas secretas de la revolución* (Madrid, 1932), transcribe estos concluyentes párrafos de un discurso pronunciado en Nueva York por el rabino J. L. Magnes: "Cuando el judío dedica su pensamiento y toda su alma a la causa de los obreros, de los despojados y de los desheredados de este mundo, es tal su cualidad fundamental, que va hasta la raíz de las cosas. En Alemania llega a ser un Marx, un Lassalle, un Haas, o un Eduardo Bernstein; en Austria, Víctor Adler o Federico Adler; en Rusia, Trotsky. Comparad un instante la situación actual en Alemania y en Rusia; la revolución ha libertado las fuerzas creadoras, y admirad a los muchísimos

---

(1) MAX NORDAU, *Écrits sionistes* (1936), p. 159.

judíos que estaban preparados para el servicio activo, inmediato. Socialistas revolucionarios, mencheviques, socialistas de todos los matices, con cualquier nombre con que se les designe, todos son judíos, y se les encuentra como jefes u obreros de todos los partidos revolucionarios". De más está multiplicar los testimonios.

Por lo que respecta, ahora, al argumento contrario —que nunca deja de subrayar un autor tan ponderado como Hilaire Belloc, en su obra *The Jews* (Los Judíos), aun cuando reconociendo el carácter típicamente judaico del movimiento bolchevique—, vale decir, al argumento de que gran parte, si no la mayoría de los judíos profesan ideas contrarias al comunismo, corresponde exigir otras tantas pruebas documentales. ¿Qué judío actuó o escribió contra el socialismo y el comunismo, contra las tendencias disolventes liberales, contra las escuelas artísticas y movimientos intelectuales desintegradores del gusto, de la tradición y del carácter? Esos testimonios deben citarse, en lugar de especular con el hecho evidente de que los judíos en masa no revistan en las filas del socialismo y el comunismo. Nadie ignora el hecho de que hay muchos judíos que no demuestran simpatía por el comunismo, y que hasta militan en movimientos de tipo conservador, pero habría que probar, primero, que se trata de dirigentes y no de individuos comunes, sin voz en las grandes decisiones sociales; y, segundo, que sacan la cara por ideas que apare-

cen en tan polar contradicción a las de la mayor parte, o en todo caso, a las de la parte más visible y activa de sus correligionarios.

Los judíos, en el plano sobrenatural.

Pasando del argumento testimonial o numérico a otros de orden esencial, es evidente que hay una serie de factores psicológicos y culturales que explican o iluminan la predisposición de los judíos al comunismo, además del factor sobrenatural que significa su condenación; efectivamente, el mismo movimiento que llevó a los judíos antiguos a destruir el cuerpo real de Cristo, los siguió llevando, después de la resurrección de Este, a destruir su cuerpo místico: la Iglesia, y la sociedad cristiana. Sin duda alguna, antes de la Encarnación de Cristo, ya eran perseguidos los judíos; pero, aparte del hecho de que en su mayor parte eran poco piadosos, e inclusive impíos, vivían entonces entre pueblos virtualmente idólatras y politeístas. Podría, pues, atribuirse, en último extremo, las persecuciones de que fué objeto a razones derivadas de su monoteísmo y a la necesidad de conservar la Revelación intacta. Pero una vez perfeccionada la Revelación con la Encarnación redentora del Mesías, ya no puede hablarse de persecuciones de índole religiosa. Al contrario, hay algo de diabólico en su conducta. Queriendo atesorar la Revelación só-

lo para ellos, para dominar a los demás pueblos por imperio divino, cayeron en poder del demonio. Mientras no reciban, pues, al Mesías y acepten su mensaje de salvación universal, católica, seguirán sometidos a las potestades de las tinieblas, vale decir, malditos. ¿Y cómo se ha de manifestar esa maldición sino por actos perversos, que por fuerza les acarrearán las iras de los otros pueblos, cumpliéndose así el alto designio punitorio?

El racismo materialista y el cultural.

Por lo que respecta a los factores naturales, debemos andar con cuidado para no recaer en las ingenuidades del racismo materialista, que no es otra cosa que un determinismo de orden psico-físico. No creemos nosotros que, por el sólo hecho de nacer de padre y madre judíos, muestre un individuo el carácter que comúnmente se adscribe a los judíos, determinado por la avaricia, la falta de sentido sobrenatural, o materialismo, y el espíritu de análisis. No podemos desconocer, por cierto, los fenómenos atávicos, pero éstos se presentan con formas y direcciones muy generales, casi meras disponibilidades, y sólo las influencias de la crianza, la tradición del grupo en que vive, y la concepción del mundo vigente en una época logran imprimírselas. En otras palabras, el judaísmo de un individuo no está determinado por una

conformación peculiar, interna o externa, de sus tejidos ni tampoco de su mente, sino por la vida en común dentro del ambiente judío, o bien, dentro del ambiente cristiano, frente al ambiente judío.

Conviene, pues, eludir los tembladerales del racismo y considerar el judaísmo como un fenómeno de orden cultural —además de sobrenatural—. Y bien, no puede negarse que la tradición cultural judía tiene bastante siglos de nomadismo, de desarraigo, y por consiguiente, de indiferencia frente al gran valor de la propiedad privada, que constituye una de las columnas maestras en que se asienta nuestra civilización. "El mismo instinto de propiedad, que resulta del apego a la gleba —dice Kadmi-Cohen, uno de los más lúcidos observadores del alma judía—, no existe entre los semitas, nómades que nunca han querido poseerlo. De allí provienen sus innegables tendencias comunistas desde la más remota antigüedad" [1].

Ahora bien, los pueblos pastoriles en general adolecen del mismo defecto: son errantes, nómades; con sus rebaños y sus tiendas, pueden viajar sin más limitaciones que las que impone la falta de alimentación para aquéllos; inclusive, sus migraciones o invasiones son motivadas no pocas veces por la necesidad de buscar nuevos campos de pastoreo; no tienen sentido de la estructuración de un Estado. Las

---

[1] KADMI-COHEN, *Nomades* (1929), p. 85.

formidables invasiones mongólicas, tártaras, árabes, que padeció Europa, muestran claramente ese carácter de los pueblos pastoriles. ¿Por qué todos esos pueblos orientales se abatieron violentamente sobre Occidente y luego desaparecieron, como factores históricos, sin dejar casi rastros, mientras que estos otros nómades usaron el procedimiento de la infiltración y siguen todavía enquistados en Occidente, sin cesar un momento en su papel de importante factor histórico? Dejando de lado las razones de orden sobrenatural, las de cohesión de grupo y la de no haber alcanzado nunca una culminación nacional imperialista, tras la cual vendría la decadencia, hay un hecho muy importante que explica por qué el judío pudo mantenerse de acuerdo a sus hábitos tradicionales en las ciudades europeas, donde no podía apacentar rebaños ni quería poseer bienes inmuebles (a veces, como bajo Federico el Grande, v. gr., tampoco se les permitía) (1). Este hecho es el dinero, que no sólo puede transportarse a todas partes, como el ganado, e inclusive sin limitación alguna, sino que también se

(1) Del "Reglamento sobre los Judíos" de 1750: "Por el contrario, no se permite en lugar alguno a los judíos adquirir o poseer bienes rurales" (art. 28). Y aún más: "Ningún judío puede residir en el campo" (art. 33). Cfr. THEODOR FRITSCH, *Handbuch der Judenfrage,* Leipzig, 1937, p. 443. Obviamente, tendían estas prohibiciones a preservar a la población rural de la usura judía en sus diversas formas.

reproduce por sí solo, por el mero hecho de cambiar temporariamente de mano. "Dineros paren dineros", reza un viejo refrán español, y no puede ser más exacta la imagen: así como las ovejas paren corderos, las monedas paren monedas. El elemento fecundante en este caso es el principio del interés, o usura. Gracias al dinero, o bien circulante, pudieron los judíos atacar la propiedad privada sin peligro para ellos. En efecto, ¿cuándo se ha oído hablar de propiedad privada del dinero? El sólo hecho de que los judíos pudieran conservar intactas, y aún acrecentarlas varias veces, las riquezas acumuladas en sus épocas de esplendor nacional, mientras que las tierras y las casas cambiaron en el mismo lapso varias veces de propietario, prueba que las revoluciones territoriales no los afectan en lo más nimio. Obsérvese, por último, que al producirse el tránsito moderno del capital financiero o de préstamo al capital industrial o de trabajo, los judíos implantaron el principio, bien respetado por los gobiernos en los contratos de concesiones de servicios públicos, de las amortizaciones financieras, o sea, el derecho del capital invertido, no sólo a ganar intereses, sino también a reconstituirse, de modo que a los pocos, o muchos años de iniciar la explotación, el capitalista encuentra de nuevo en su bolsillo el dinero con que emprendió aquélla. Desde entonces, sus fábricas no son más que epifenómenos, superfetaciones financieras, y el capitalista no debe

temer confiscaciones ni daños, pues su capital no está arraigado en el suelo sino en su cuenta bancaria, y puede perfectamente hacerlo viajar de un lado a otro mediante un simple papel escrito llamado cheque o letra.

La religión judía y el talmudismo.

Las necedades y extremos ridículos del "antisemitismo" periodístico —como se advierten, por ejemplo, en el *Manual de la Cuestión Judía*, de Teodoro Fritsch—, los índices craneométricos y los análisis de sangre, carecen de importancia en absoluto frente a los elementos culturales y circunstancias históricas que durante siglos y milenios han modelado la concepción del mundo y de los valores de los judíos, en modo tal que la "mentalidad judía" se ha hecho casi consustancial en ellos y resulta poco menos que imposible inculcarles otros puntos de vista sobre el sentido de la existencia y el hombre. "Lo que es el judío, lo que será, se lo debe al Talmud en gran parte, o, más bien, al espíritu que lo produjo. En tanto que haya judíos y un judaísmo, el Talmud conservará su valor histórico, porque ha moldeado la vida y el carácter de aquéllos. Podéis negarle al Talmud su valor permanente, pero no le podéis negar su influencia permanente" ([1]).

([1]) ISRAEL ABRAHAMS, *Valeurs permanentes du judaïsme* (1925), pp. 100-101.

No entra aquí para nada, virtualmente, el ingrediente religioso. Al contrario, conceptuamos al judío ortodoxo un elemento que ofrece menor peligro a la sociedad cristiana, porque si bien su mentalidad es más estrecha, en cambio no siente mucha inclinación a mezclarse revolucionariamente en la política de aquélla. El judío ortodoxo prefiere el *ghetto* a la asimilación. El judío se vuelve realmente peligroso, perturbador, disolvente, cuando abandona la vida de comunidad cerrada y entra en la de los no judíos. Entonces se sueltan sus potencias disociadoras, las cuales en el seno del "ghetto" se encontraban tan bien atadas, que no consiguieron disolver a su pueblo durante milenios. Es un hecho comprobado que en la Rusia Soviética se persiguió a la sinagoga virtualmente con la misma saña con que se persiguió a las iglesias cristianas y a los islamitas. Hecho tan comprobado como el de que al frente del Estado soviético, y sobre todo del movimiento ateo de los *Sin-Dios*, se han hallado los judíos en proporciones a veces de abrumadora mayoría. Conviene, pues, eliminar en la consideración del problema judío, así como la parte antropológica, la que se refiere a su religión. Ni siquiera del Talmud (1) tan vilipendiado, esti-

(1) El Talmud, como se sabe, es una obra sumamente voluminosa y desordenada (hay codificaciones manuales, como el *Shuljan aruj*), la cual contiene las presuntas prescripciones transmitidas verbalmente por

mamos que puedan derivarse influencias favorables al comunismo.

El Talmud, más bien contribuye decisivamente al aislamiento de Israel, inculcando en él la soberbia de pueblo elegido, superior a los demás, como los hombres son superiores a los animales.

¿Aptitud, o destino, disolvente del pueblo judío?

Si bien no podría decirse, sin recurrir a argumentos sobrenaturales, dónde reside la causa de las tendencias desintegradoras judías, y más visible, en cambio, aparece su finalidad: la destrucción de la sociedad cristiana, sea para poder vivir libremente dentro de ella, sea para reemplazarla con otra fundada en principios e instituciones judaicas, no debemos olvidar, sin embargo, que hay algo que empuja al judío al análisis, a la separación de las partes de los complejos más sagrados y tradicionales, como "inclinados —dice un escritor judío— más que

---

Jehovah a Moisés, o *Mischna*, y los comentarios de los rabinos, o *Ghemara*, a la misma y a la *Tora* (la Tora es nuestro Pentateuco, y contiene las prescripciones divinas escritas por Moisés). La mayor parte de los rabinos y escritores judíos ponen la *Mischna*, y sobre todo, la *Ghemara*, por encima de los cinco primeros libros de la Biblia. Véase sobre este tema *Israel: su pasado, su porvenir*, de H. de Vries de Heekelingen, pp. 47-70.

ningún otro pueblo, a irse a los extremos; en lugar de aspirar a la armonía y la síntesis, tienden por sus aptitudes psíquicas y morales, a exagerar hasta lo grotesco la nota de la incompatibilidad en todas las cosas" (1).

Constituyen lo que llaman algunos antropólogos un *"Kulturzerstörendes Volk"*, un pueblo desintegrador de culturas y Estados, nota que se da como característica de los pueblos semíticos (2). Y es evidente, por una parte, que no legaron a la humanidad institución alguna (la misma plenitud cristiana de su monoteísmo requirió el espíritu constructivo romano para consolidarse en una institución capaz de sostener el principio católico y apostólico en medio de las tormentas de la historia); y, por otra parte, como después lo veremos, cuando la revolución bolchevique necesitó pasar de la etapa destructora a la erección del recio edificio del Estado soviético, muchos judíos tuvieron que ser eliminados sin misericordia, pues no querían un Estado sino la revolución mundial, la expansión de la horda, virtualmente informe, por toda la superficie de la tierra.

---

(1) HANS ROSENFELD, en la *Revue Juive de Genève*, febrero de 1936, p. 205. Cit. por H. de Vries de Heekelingen, *op. cit.*, p. 72.

(2) "La causa accesoria de la revolución de la historia semítica se halla también en esa igualdad exagerada. ¿Cómo podría subsistir un Estado necesariamente establecido en jerarquía, si todos los hombres que lo componen fueran rigurosamente iguales? Lo que sor-

Condiciones históricas para la revolución judía.

Queda todavía por anotar otras dos características del alma judía. Refiriéndose Hilaire Belloc a la singularidad de la revolución bolchevique en la serie de las revoluciones históricas, expone: "El único signo distintivo de la revolución rusa y de sus tentativas de extensión a todo el mundo, consiste en el hecho de que rechaza el patriotismo y la división de la propiedad raíz. En esto difiere de todas las demás, y es marcadamente, evidentemente *judía*" (1).

Al distinguir el eminente escritor y ensayista católico —por cierto que en modo alguno antijudío— la revolución bolchevique de las anteriores, afirma que en éstas, de base agraria o política, no tuvieron un papel dirigente los judíos. Creemos lo mismo, a pesar de que a partir de la Revolución Francesa, inclusive, la Masonería intervino activamente en esos mo-

---

prende, en efecto, en el transcurso de la historia semítica es la carencia casi total de Estados organizados y duraderos. Dotados de todas las cualidades que se requieren para formar políticamente una nación o un Estado, ni los judíos ni los árabes supieron construir un monumento gubernamental definitivo. Toda la historia política de ambos pueblos está impregnada de indisciplina". (KADMI-COHEN, *op. cit.*, p. 77.)

(1) HILAIRE BELLOC, *The Jews*, Londres, 1937, 3ª ed., p. 171.

vimientos contra el "ancien régime", que tantas limitaciones había impuesto y aún seguía imponiendo a los judíos; y ya se sabe que la Masonería está conceptuada como una organización, si no creada o integrada por judíos, de espíritu y ritos más o menos visiblemente judaicos. A los que pretendieren objetar con esto la imputación de tendencias subversivas dirigidas a los judíos, hay que responderles con dos argumentos: primero, que si no realizaron las revoluciones (y tampoco la rusa la realizaron ellos, sino Lenin), trabajaron durante siglos en la preparación de la definitiva, corrompiendo y empobreciendo a las clases dirigentes y difundiendo toda clase de ideas desmoralizadoras, aunque no hubieran sido originadas en cerebros judíos; y, segundo, que no bastan para que se produzca un hecho la voluntad y la acción de sus actores, sino también las condiciones del ambiente exterior; tales condiciones se presentaron solamente al espíritu revolucionario judío cuando el capitalismo industrialista puso frente a frente en las ciudades una minoría de propietarios, burgueses, y una mayoría de desposeídos, proletarios; entonces lanzó Marx su consigna de: "¡Proletarios del mundo, uníos!" y su postulado de redención de la humanidad, no por Cristo, sino por la clase libre del pecado de explotación: el proletariado; las condiciones propicias, finalmente, que hicieran posible la instauración de un Estado proletario se presentaron con el derrumbe del Imperio ru-

so y el clima de desesperación creado en algunas de las potencias derrotadas en la Gran Guerra del 14. Parece evidente que, de no presentarse esas condiciones, tampoco hubiera podido producirse la revolución comunista.

El "patriotismo" comunista.

Acabamos de citar en cifra las dos últimas notas del alma judía que iluminan su participación preponderante en el fenómeno comunista: 1a. "¡Proletarios del mundo, uníos!", o sea, desaparición de las fronteras nacionales, los proletarios de un país deben unirse con los de otros países para derribar inclusive su propio gobierno; en suma, no hay más patria que la *humanidad* ("L'Internationale sera le genre humain", "La Internacional será el género humano", termina el estribillo del himno de los trabajadores revolucionarios); y 2a. "redención del mundo por el proletariado", o sea, la idea mesiánica, que nunca ha dejado de arder en el alma judía, traspuesta al plano meramente social, sin rastro ya de religiosidad, e inclusive de una abierta y sistemática belicosidad antireligiosa.

Es de todo punto notorio que no puede alentar un sentimiento de patria, vale decir, excluyente, en una organización abierta, una federación de repúblicas socialistas soviéticas, que debe constituirse así para permitir el ingreso



Goldstein, alias Volodarsky, Comisario de Prensa en Petrogrado en 1918.



Aarón Cohen, alias Bela Kun, jefe de la revolución comunista en Hungría.



R. S. Salkind, alias Semliachka, secretaria de Bela Kun.



Gubelmann, alias Jarovslavsky, jefe de los Sindiosistas.



Lázaro Mosessohn Kaganovich, suegro de Stalin.



M. L. Rujimovich, Comisario de Tráfico.



Iván Maisky, Embajador soviético en Londres.



Ernst Toller, uso de los jefes del "comunismo intelectual" en la revolución de Baviera.

de las demás repúblicas socialistas soviéticas que vayan surgiendo sucesivamente, hasta englobar en sí la humanidad. La idea de erigir un Estado nacional, según hemos ya dicho, exigió, al despertarse, la eliminación de la plana directiva judía; luego, detrás del Estado nacional, y a raíz del ataque alemán en 1941, se presentó el sentimiento, o al menos la expresión verbal, de la patria, antes ausente. ¿Significa eso que la Rusia actual ha perdido su virulencia imperialista? En absoluto, porque, en primer término, se ha visto con suficiente claridad que el gobierno del Kremlin mantiene sus reivindicaciones de tutoría sobre el "proletariado" alemán y el de los países aliados al Reich, como futura clase gobernante, y que no piensa encerrarse en un sistema de fronteras infranqueables; si el Eje perdiera la guerra, la bolchevización de los Balcanes, la Europa central y Francia puede darse así por descontada. En segundo término, Stalin no ha eliminado todos los elementos judíos del Estado soviético, empezando por su propio suegro, Lázaro Mosessohn Kaganovich; los pasa a la reserva solamente cuando las circunstancias requieren un robustecimiento de la estructura nacional de la federación bolchevique, y los vuelve a poner en actividad cuando circunstancias de otra índole permiten reanudar el sueño de la revolución mundial comunista, o exigen una diplomacia flexible e insidiosa. El patriotismo de los bolcheviques, en suma, no pasa de ser un recurso

de galvanización interna de las clases rurales y de propaganda externa. El bolchevique, como el judío, no puede tener patria; y de hecho, el bolchevique de la ciudad —que es el sostén y el privilegiado del régimen, muy por encima de los campesinos— no la tiene en absoluto. Si se considera el formidable apego a la tierra, a la naturaleza, que ha sido característico del pueblo ruso, las tendencias apátridas y el fetichismo urbanista de los bolcheviques evidencian hasta qué punto han sufrido la influencia de los judíos, hombres desarraigados y burgueses, de ciudad, desde hace casi dos milenios.

Mesianismo y ateísmo.

Por lo que respecta, finalmente, a la cuestión del mesianismo, no hay duda de que un paralelismo formal entre ciertas tendencias del alma rusa y otras tales del alma judía han facilitado el aprovechamiento de las primeras por las segundas, que, conservando su impulso, su dinamismo, las vaciaron de su contenido y finalidad, y así las colocaron a su servicio. "El epíteto de Santa Rusia expresa hasta qué punto estaba persuadido el imperio de su esencia y misión religiosas; y hasta qué punto también el pueblo ruso había hallado en su fe cristiana una razón de ser, de sufrir y de esperar. Admirable por su misticismo y débil por su sustan-

cia espiritual, el cristianismo ruso ha conferido a un inmenso pueblo una idea de misión, una idea de redención. Dicha idea es tan profunda, que la destrucción de la religión por el bolchevismo no ha logrado desterrarla. En verdad, no ha hecho más que transponerse en la fe comunista y en la idea revolucionaria" ([1]).

Véase ahora cómo un joven intelectual católico argentino observa el fenómeno del mesianismo judío en el movimiento comunista: "Así como antaño la gente de su raza creyó que Israel era el pueblo escogido de Dios, de cuyo seno había de nacer el redentor del linaje humano, así cree ahora Marx que el proletariado es la porción escogida de la humanidad, la única exenta del pecado de explotación, porque ella es la explotada. Y ese mismo proletariado, puro, triunfante y dominador será como un dios terreno que instaurará una nueva sociedad sin desniveles ni injusticias. Nace así el mito del proletariado considerado, no ya en la realidad concreta, *aquí y ahora,* sino en una generalización universal, como abstracción. Idea absorbente, imperiosa, a la que todo deberá sacrificarse y en cuyo nombre se podrán cometer todas las crueldades y ejercitarse todas las violencias. Esta concepción mesiánica y mística viene, pues, a presentarse dentro del marxismo como un verdadero anticristianismo, al cual

---

([1]) GONZAGA DE REYNOLD, *La Europa Trágica* (trad. argentina, Buenos Aires, 1939), t. I, pp. 260-261.

no le faltan ni sus profetas, ni sus pontífices, ni sus fieles, ni siquiera sus herejes..." [1].

Tres impulsos paralelos, pues, se sumaron en esta colosal revolución de horda informe y desbordante: el mesianismo ruso, el mesianismo del proletariado y el mesianismo judío; y el único de los tres que contenía una partícula de piedad cristiana —el ruso— fué vaciado de ella. La componente, pues, o sea, el comunismo internacional, resultó una fuerza enorme exclusiva y netamente dirigida contra la Iglesia Católica y la Ortodoxa, y en general contra la religión, sin exceptuar la hebrea, que resultó así víctima, sin quererlo, de un engendro de sus propias entrañas: la idea mesiánica. Es difícil saber qué piensa la sinagoga de la proeza consumada por sus hijos ateos. Pero de la prevalencia desmesurada que goza el Talmud en ella, con detrimento de la Biblia, no podía menos de derivarse una creciente ateización de sus fieles [2]. Hoy día, los judíos ortodoxos son los

---

(1) MÁXIMO I. GÓMEZ FORGUES, *Comunismo y Religión* (Buenos Aires, 1943), pp. 18-19.

(2) "La idea de Dios, la imagen de Dios, tal como se refleja en la Biblia, pasa por tres estados muy distintos. Primero, es un Ser Supremo sediento de sangre, celoso, terrible, guerrero. Las relaciones del hebreo con su Dios son relaciones de inferior a superior, al cual se teme y se trata de calmar. Segundo, las condiciones empiezan a igualarse. El pacto entre Dios y Abraham desenvuelve todas sus consecuencias, y las relaciones llegan a ser, por así decirlo, contractuales. En la *Ha-*

menos; los que siguen apegados a las formas rituales de la sinagoga se conducen en la misma forma que la mayor parte de los "católicos" que sólo pisan la iglesia el día de su casamiento. En cuanto a los judíos revolucionarios, perdieron todo sentimiento religioso, se encuentran en un estado perfecto de ateísmo, y sólo conservan de su formación judía dentro de la comunidad, esa idea mesiánica —de la tradición bíblica y profética— y los principios de acción del Talmud, que autorizan el engaño, el robo y aún el asesinato, con tal que la víctima sea un *goy*, un no judío. Insistamos, empero, en el hecho de que la pérdida de la religión judía no involucra la pérdida del carácter judío. "En general, los judíos, aún los revolucionarios, han conservado el espíritu judío, y si han abandonado toda religión y toda fe, no por ello han dejado de experimentar, atávica-

---

gada talmúdica, los patriarcas entablan con el Señor controversias y debates judiciales. La Tora y la Biblia intervienen en esos debates, siendo la intervención preponderante. En el litigio entre Dios e Israel, Dios pierde a veces el pleito. La igualdad de las partes se afirma. Finalmente, el carácter sustancialmente divino de Dios se pierde, y Dios se vuelve un ser ficticio. Esas leyendas mismas, para quien conoce el espíritu agudo de sus autores, produce la impresión de que ellos, como sus lectores o sus oyentes, consideran a Dios como un ser ficticio, y la divinidad, en el fondo, bajo el ángulo de una personificación, de una simbolización de la raza". (KADMI-COHEN, *op. cit.*, p. 138).

mente y educativamente, la influencia nacional judía" (1).

El fenómeno histórico de la *asimilación*, del ingreso de los judíos a la sociedad occidental, con los mismos derechos de los cristianos, ha tenido esta terrible consecuencia: no pudiendo asimilarse los judíos a los cristianos por la religión de éstos, y no deseando convertirse, concibieron un campo neutral de asimilación: el ateísmo; de modo que se esforzaron por extender el ateísmo entre los cristianos después de haber llegado ellos al mismo estado espiritual. El ateísmo, así, viene a ser a la vez causa, condición y finalidad del comunismo. Por lo demás, gran parte de los judíos creyentes no tienen virtualmente noción de la otra vida, y piensan que en ésta se cumplirán todas las promesas y se distribuirán todas las recompensas. "La vida ocupa el primer lugar entre sus valores —dice Kadmi-Cohen—. Todo le está subordinado y todo le está permitido, se estimula todo lo que la facilita, la hace más agradable, más atrayente, más digna de ser vivida" (2).

De este materialismo virtual se deriva fácil mente la exigencia de realizar en la tierra lo que los cristianos sitúan en el terreno espiritual, de la otra vida: vale decir, el nivelamiento de las diferencias y desigualdades de los individuos y los grupos sociales. Si ante los hom-

---

(1) BERNARD LAZARE, *L'Antisemitisme*, t. II, p. 204.

(2) KADMI-COHEN, *op. cit.*, p. 90.

bres hay mayores y menores, ante Dios todos son iguales, e inclusive, el último ante los hombres puede llegar a ser el primero ante Dios. Los judíos, en cambio, y como ellos, todos los que carecen de esta concepción sobrenatural de la existencia, esperan el mismo fenómeno en la vida terrena; así, los proletarios y los judíos no sólo conquistan la igualdad, sino que hasta pasan a gobernar, a ser los primeros, en virtud de haber sido tanto tiempo los últimos. De más estaría hacer notar que, como esos fenómenos de asimilación y compensación inmanentes no se producen por sí solos, a raíz del curso natural de los hechos, se hace preciso *quemar las etapas*, o más exactamente, desatar el nudo con la espada. Las terribles matanzas que ha llevado a cabo el comunismo, luego de adueñarse del poder, constituyen un medio drástico de llegar al cumplimiento de tales aspiraciones: no siendo posible envilecer a un noble, por ejemplo, ni tampoco ennoblecer a un vil y resentido sectario, se resuelve el problema suprimiendo al primero. De ese modo se producirá la igualdad, al menos de los sobrevivientes.

Vale la pena anotar esa tendencia de la ética judía que señala agudamente el distinguido escritor hebreo y compararla a los hábitos fundados en el "vivir la vida" que circulan tan profusamente hoy día en la sociedad cristiana decadente. Como tales hábitos no obedecen, en absoluto, a ningún principio cristiano, hayan sido o no introducidos por los judíos, equivalen

de cualquier modo a un fenómeno de judaización de la sociedad cristiana. Fácil es observar, por lo demás, que en una sociedad donde hay que "vivir la vida", como si luego no hubiera otra, hay que poner en vigor también la igualdad de todos; y si la república democrática no lo consigue, llegará un momento en que habrá que forzar el paso a la historia. Se pasará así de la república mundial, de tipo masónico, a la revolución mundial, de tipo comunista.

Masonería y judaísmo.

No es necesario abundar aquí en pruebas de que la Masonería persigue la república mundial. Existe ya una copiosa bibliografía al respecto [1]. Pero como la república mundial es el paso intermedio que lleva del sistema tradicional de las dinastías y las nacionalidades a la revolución comunista, convendrá apelar al testimonio de un ponderado escritor judío acerca de los vínculos históricos y espirituales que unen a la Masonería y el judaísmo: "¿Cuáles fueron las relaciones de los judíos y las sociedades secretas? Es difícil dilucidar esta cuestión, por falta de documentos de valor incon-

---

[1] En el programa editorial de "La Mazorca" para el año 1944 se encuentra la traducción de la obra clásica de Wichtl, *Weltfreimaurerei, Weltrevolution, Weltrepublik,* "Masonería, Revolución y República Mundiales". (N. del E.).

trastable. Evidentemente, no dominaron en estas asociaciones, como sostienen los escritores que acabo de citar, ni fueron el alma, el Jefe, el Gran Maestre, de la Masonería, como afirma Gougenot. Sin embargo, es evidente que no hubo más que judíos en la cuna de la Masonería, judíos cabalistas, como lo prueban ciertos ritos que se conservan; y muy probablemente, en los años que precedieron a la Revolución Francesa entraron en mayor número todavía en los consejos de esta sociedad y fundaron sociedades secretas. Hubo judíos en torno de Weishaupt; y Martínez de Pascualis, un judío de origen portugués, organizó numerosos grupos de iluministas en Francia y reclutó muchos adeptos, que iniciaba en el dogma de la reintegración. Las logias martinecistas fueron místicas; las demás órdenes de la Masonería, en cambio, más racionalistas; así que se puede decir que las sociedades secretas representan los dos lados del espíritu judío, o sea, el racionalismo práctico y el panteísmo, ese panteísmo que, siendo reflejo metafísico de la creencia en Dios uno, viene a parar a menudo en la teurgia cabalística. Fácil sería demostrar la armonía de estas dos tendencias, la alianza de Cazotta, Cagliostro, Martínez, Saint Martin, el conde de Saint Germain y Eckartshausen, con los enciclopedistas y los jacobinos, e igualmente la manera con que llegaron al mismo resultado, a pesar de sus notables diferencias, es decir, al debilitamiento del Cristianismo. Esto, una vez

más, serviría únicamente para probar en forma inequívoca que los judíos pudieron ser buenos agentes de las sociedades secretas porque las doctrinas de estas sociedades concordaban con sus propias doctrinas; pero esto no quiere decir que fueran sus iniciadores" [1].

El socialismo democrático y el Estado soviético.

Como se ve, trátase, una vez más, de un fenómeno de convergencia, bien aprovechado por los judíos para el logro de sus aspiraciones. Nada cuesta admitir que ellos no hayan creado algunas de las organizaciones revolucionarias, pero los fines de éstas y los suyos son tan semejantes, que no pueden menos de producirse la alianza y finalmente la identificación. No se olvide, empero, que por lo general no sólo hay convergencia sino también colaboración estrecha en la génesis de tales organizaciones. Véase, por ejemplo, cómo explica un prominente judío austríaco (nacido en Lemberg), el fenómeno socialista: "...el socialismo y el mosaísmo no son en modo alguno programas que se opongan. Entre las ideas directrices de las dos doctrinas hay, por el contrario, una concordancia notable... Esta conformidad sorprendente del mosaísmo y el socialismo no se debe en manera alguna al azar de la historia.

---

(1) BERNARD LAZARE, *L'Antisemitisme* (1934), t. II, pp. 196-198.

Es más bien la consecuencia de una afinidad sólida e íntima, que no puede escapársele al que estudia seriamente esta cuestión... Más aún, mosaísmo es igual a socialismo sin las utopías y el terror del comunismo, y sin el ascetismo del cristianismo... El movimiento socialista moderno es, en su mayor parte, obra judía. Fueron los judíos los que le impusieron la marca de su espíritu. Fueron los judíos, igualmente, los que desempeñaron un papel preponderante en la organización de las primeras repúblicas socialistas. Es exacto que los socialistas judíos dirigentes se habían por lo general apartado del judaísmo. No fué, sin embargo, por accidente que desempeñaron el papel que desempeñaron. Se ejercía en ellos, de un modo inconsciente, el principio eugenésico del mosaísmo" (1).

Como se ve, este dirigente del judaísmo mundial halla la más precisa correspondencia entre el espíritu de su raza y el socialismo democrático, y no entre aquél y el comunismo al modo soviético. Nuestra opinión es la misma, pero se hace imposible negar el elemento judío en el fenómeno ruso. En otras palabras, creemos que los judíos habrían preferido el socialismo democrático al bolchevismo si hubieran tenido que reflexionar y elegir, pero creemos también que no dieron en el bolchevismo sólo por la

---

(1) ALFRED NOSSIG, *Integrales Judentum.* (Viena, 1922), pp. 74-76.

fuerza exterior de los acontecimientos y que seguían tendencias poderosas de su alma y su cultura volcándose decisivamente en el ala extrema del socialismo.

Conclusiones.

1ª — Si no todos, ni la mayor parte de los judíos militan en el comunismo, es innegable que el pueblo judío, individual y globalmente, cuando no simpatiza sin reservas con el comunismo, sustenta y difunde las ideas desintegradoras del liberalismo, el *comunismo cultural* y la masonería, que, si no desencadenan la revolución comunista, llevan derechamente a ella.

2ª — El fenómeno revolucionario judío no puede explicarse por un determinismo racial materialista, sino por factores sobrenaturales, en primer término, y luego, tradicionales y culturales; condiciones históricas recientes han hecho viable la manifestación plena de ese espíritu contrario a los valores e instituciones de la sociedad cristiana.

3ª — Hay una clara convergencia entre tendencias características del espíritu judío y de la ideología comunista o socialista democrática: falta de sentido de la tierra, de la propiedad privada y de la patria; materialismo (carencia de fe en la otra vida) ; resentimiento de oprimidos o "explotados"; ateísmo virtual

(en los judíos *asimilados*); y redención mesiánica dentro de este mismo mundo.

4ª — Parece haber algunos fenómenos no específicamente judíos en el comunismo soviético: por ej., la dictadura del proletariado y la estructuración rigurosa de un Estado nacional ruso, previa a la revolución mundial (causa del desplazamiento de Trotsky y demás judíos). Pero Stalin guarda el equipo judío sobreviviente para sus maniobras diplomáticas y para cuando llegue la hora de la revolución mundial comunista. Es evidente, además, que en todas las fases de la revolución rusa han actuado los judíos en primera fila, singularmente en las organizaciones terroristas y ateas, constituyendo inclusive, en muchas ocasiones, según se demostrará en el Capítulo III, una amplia mayoría.

CAPITULO II

PLUTOCRACIA Y COMUNISMO: SU COMUN DENOMINADOR JUDIO

Una contradicción aparente.

Los amigos de los judíos, más que los judíos mismos, suelen defenderlos de la imputación de ser los promotores del comunismo esgrimiendo el recurso heroico de reconocer la acusación contraria, vale decir: de que son los agentes de la plutocracia internacional, o, en palabras menos truculentas, los mayores poseedores de los medios de producción y de cambio, cuya transferencia "manu militari" a poder de los proletarios sostiene y persigue el comunismo. Argumentan estos amigos más o menos disimulados de los judíos: "Si los judíos constituyen un pueblo organizado bajo el signo de la unidad, por tanto, aspiran a fines comunes,

¿cómo se explica que unos acumulen enormes riquezas y otros quieran abolir toda propiedad? Quiere decir que, o no hay tal unidad, y entonces entre los judíos existen todas las tendencias, como entre los demás pueblos, o bien, no son los judíos los promotores del fenómeno comunista, puesto que no van a iniciar entre ellos una guerra civil, que dará al traste con los presuntos fines comunes de su pueblo".

Por lo que respecta a la unidad del pueblo judío, está notoriamente condicionada por factores muy generales. Estos son: 1º, la *mentalidad judía*[1], cuyas tendencias más características hemos anotado en el capítulo anterior; es un hecho tan notorio, que los mismos judíos revolucionarios y los *asimilados*, que se han apartado de la comunidad y han abandonado su religión, prefieren casarse con judías.

2º, *El odio a Cristo, su Iglesia, su sociedad.* Es el factor negativo que agrupa innegablemente a todos los judíos (con la sola excepción de los conversos) y a los judaizados —comunistas, socialistas, masones, etc.—. Este complejo fenómeno negativo, que une a los más diversos individuos y movimientos, se encuentra admirablemente descripto en un párrafo fa-

---

[1] Hemos usado el término "mentalidad" para no suscitar los equívocos inherentes a "raza" y en virtud de las conclusiones a que hemos llegado en el precedente capítulo sobre el predominio de los factores tradicionales y culturales en la formación del modo de ser de los judíos.

moso que se atribuye al estadista judeo-británico Disraeli, Lord Beaconsfield: "Se puede ver hasta dónde alcanzó la influencia judía en las últimas revoluciones de Europa. Se produjo un movimiento contra la tradición, la religión y la propiedad. La destrucción del principio semítico, la extirpación de la religión judía, ya bajo su forma mosaica, ya bajo su forma cristiana, la igualdad natural de los hombres y anulación de la propiedad, se proclamaron por las sociedades secretas que forman el gobierno provisional, y hombres de raza judía se hallan al frente de cada una de ellas. El pueblo de Dios coopera con ateos, los más ardientes acumuladores de la propiedad se unen a comunistas; y la raza escogida va de la mano con la escoria de las castas inferiores de Europa. Y eso, porque quieren destruir esta cristiandad, que les debe hasta el nombre, y no pueden soportar más su tiranía" (1).

3º, *El triunfo de Israel.* Este factor positivo debe ser entendido en formas distintas, según se trate de judíos ortodoxos —que esperan realmente la venida del Mesías prometido por Jehovah, el cual los pondrá a la cabeza de la humanidad—, o bien de judíos agnósticos y re-

(1) De *Life of Lord Georges Bentinck.* Cit. por León de Poncins, *op. cit.*, pp. 132-133. Este autor sólo da la fecha de la traducción francesa, sin indicación de página. No hemos podido, por nuestra parte, ver mencionada esa obra en las bibliografías comunes de Benjamín Disraeli.

volucionarios —que del Mesías conservan sólo la idea, y la llenan con la realidad histórica y social contemporánea, transfiriendo al proletariado la misión redentora, ya no sólo de ellos, sino de toda la humanidad—. Muy claramente se advierte la inspiración bíblica del judaísmo revolucionario en esta superación del espíritu talmúdico, que no tiene en cuenta más que el pueblo judío y su salvación.

Se explica que este sistema tan amplio de coordenadas admita formas muy distintas. La mentalidad judía es una, pero se compone de múltiples tendencias; hay varias maneras de atacar a la sociedad cristiana, pues varios son los elementos vulnerables de ésta; finalmente, ya se ha visto que el triunfo y redención final de los judíos, si bien de base terrena en todos los casos, se presenta en una actitud religiosa de espera y en otra irreligiosa, atea, de impaciencia y acción subversiva. La acumulación de la riqueza no se opone a la movilización revolucionaria del proletariado, 1º, si aquélla provoca dialécticamente la aparición del proletariado movilizable; 2º, si la primera proporciona los fondos que pueda requerir la formidable tarea segunda; y 3º, si el poder ínsito a la riqueza se ejerce en el sentido de debilitar las instituciones y desplazar los valores que defienden la integridad de las formas tradicionales de la sociedad cristiana. Claramente resalta, pues, en qué medida es sólo aparente la contradicción alegada.

Por lo demás, la complejidad del alma judía permite fácilmente esas paradojales antinomias. Las tendencias místicas y las utilitarias luchan en su interior "desde siempre", según Kadmi-Cohen. "Ese entusiasmo pasional —expone este profundo y objetivo escrutador del alma judía— podía llevar muy lejos, hasta el cabo, hasta el fin: podía determinar la desaparición de la raza por una sucesión de locuras mortales. Pero esa intoxicación tenía su antídoto, y ese desorden del pensamiento encontró su correctivo en la concepción y la práctica de un utilitarismo positivo. El impulso de las abstracciones no excluyó la aritmética del interés. Extraviado a veces en el cielo, el semita no pierde, sin embargo, la noción de la tierra, de sus bienes y de sus provechos. Al contrario, tal utilitarismo es el otro polo del alma semita. Todo es especulación en el semita: idea y negocios, y bajo este último aspecto, ¡qué himno vigoroso no ha cantado a la glorificación del interés terreno! Los nombres de Trotsky y de Rothschild señalan la amplitud de las oscilaciones del espíritu judío; entre ambos límites está encerrada toda la sociedad, toda la civilización del siglo XX" (1).

"Estas dos influencias contradictorias y complementarias nacidas del alma judía han obrado siempre sobre ésta. Los tipos extremos, pasional o utilitario, son muy raros en su pureza

---

(1) *Op. cit.*, p. 154.

absoluta. La inmensa mayoría se compone de esos judíos corrientes, judíos medios, en quienes las dos propiedades se mezclan en cualquier forma. De allí esos movimientos desordenados, esos destinos que nunca se desenvuelven regularmente, ese porvenir misterioso que desconcierta siempre las previsiones del individuo terrateniente por tradición" (1).

Agreguemos nosotros que los dos tipos se hallan con un alto grado de pureza en los judíos dirigentes de los dos términos de la antinomia, vale decir: el utilitario, en los grandes banqueros; el pasional, en los grandes revolucionarios. Los demás judíos poseen ambas propiedades mezcladas en proporciones diversas; de allí, "esos movimientos desordenados, esos destinos que nunca se desenvuelven regularmente", dice Kadmi-Cohen; de allí, especificamos nosotros, ese fenómeno tan curioso en los judíos comunes de simpatizar con las ideas comunistas y acumular, al mismo tiempo, la mayor suma de riqueza posible; fenómeno que también se observa en esos cristianos que hemos llamado judaizados, en ese sector de individuos de posición floreciente y de ideología comunista que tanto desconciertan a mucha gente y que en modo alguno son insinceros; al contrario, como los judíos, aman y persiguen los valores de la ideología y la vida burguesas

---

(1) *Ibídem*, p. 133.

con la misma sinceridad con que desean su destrucción completa.

La alianza de los banqueros y los revolucionarios.

Existen, felizmente, para probar la vinculación efectiva, histórica, de los judíos plutócratas y los judíos comunistas, documentos fidedignos que corroboran en modo decisivo las consideraciones precedentes de orden psicológico. La propaganda comunista necesita dinero, mucho dinero; y si se trata de derribar un imperio como el ruso, las necesidades pecuniarias se multiplican enormemente. El apoyo de la burguesía le es indispensable al comunismo, en los dos sentidos que indicamos en el parágrafo anterior: complacencia policial y financiación de la propaganda y el movimiento. La complacencia, dentro de Rusia, queda evidenciada por la blandura de muchos de sus ministros, por la facilidad con que los jefes comunistas escapaban de las cárceles y de Siberia, por la penetración de la Masonería en la administración del Zar y en su misma familia, en fin, por la importancia de los partidos socialistas y de izquierda en la representación parlamentaria rusa, o Duma, mucho antes de que estallara la revolución bolchevique; fuera de Rusia, tal complacencia se muestra, primero, en la libertad de que disfrutaban en Francia y en Suiza los comunistas exilados, y, segundo, en

la actitud del gobierno del Emperador Guillermo II de Alemania, sirviendo de intermediario para el regreso de aquellos exilados a Rusia: el célebre episodio del "vagón sellado", dentro del cual Lenin, Zinovief y otros rusos y judíos comunistas de menor categoría (en total, unos 30) pasaron de Suiza a Suecia, a través de Alemana, en abril de 1917, cuando ya se había producido en Rusia la "revolución socialista democrática".

Por lo que respecta a la financiación del movimiento comunista y a la intervención de los judíos en él, como agentes activos y pasivos y como banqueros, cederemos la palabra, primero, al teniente general del ejército imperial ruso, A. Nechvolodof: "En 1916 se recibió de Nueva York, en el Estado Mayor del Generalísimo ruso, una información secreta de uno de los agentes del Estado Mayor, con fecha del 15 de febrero del mismo año, que dice, entre otras cosas: "El partido revolucionario ruso en Norte América ha determinado llegar a los hechos. En consecuencia, de un momento a otro se pueden esperar revueltas.

"La primera reunión secreta que señala el principio en la era de los actos de violencia se verificó el lunes por la tarde, el 14 de febrero, en el East End de Nueva York. Debían reunirse sesenta y dos delegados, de los cuales cincuenta eran "veteranos" de la revolución de 1905, y los demás, miembros nuevos. La mayor parte de los asistentes eran judíos, y entre ellos,

muchos eran gente instruída, como ser: doctores, publicistas, etcétera... También se encontraban entre ellos algunos revolucionarios de profesión...

"Los comienzos de esta primera reunión fueron casi totalmente dedicados a examinar los medios y posibilidades de hacer en Rusia una gran revolución. El momento era de los más favorables.

"Se dijo que el partido acababa de recibir de Rusia informes secretos, según los cuales la situación era del todo propicia, porque ya estaban concluídos todos los acuerdos preliminares para una sublevación inmediata. El único obstáculo serio era la cuestión de dinero; pero apenas se hizo esta observación, contestaron inmediatamente algunos miembros que eso no debía suscitar ninguna duda, porque en el momento que se necesitare, darían sumas considerables personas que simpatizaban con el movimiento para libertar al pueblo ruso. Y a este propósito se pronunció repetidas veces el nombre de Jacobo Schiff" (1).

La prueba de la intervención de Jacobo Schiff y de otros banqueros judíos en el desencadenamiento de la revolución soviética la tenemos documentada por modo innegable en un memorial del Servicio Secreto de los Estados Unidos de Norte América, entregado a

---

(1) A. Netchvolodow, *L'Empereur Nicolas II et les Juifs.* (París, 1924), pp. 95-96.

principios de 1919 al Alto Delegado de la República Francesa en ese país. Su texto es el siguiente:

7-618-6	Transmitido por el
Nº 912-S.R. 2	Estado Mayor del Ejército
II	2º Despacho

"I. En febrero de 1916, se supo por primera vez que en Rusia se estaba fomentando una revolución. Se descubrió que las personas y firmas que se mencionan estaban complicadas en esta obra de destrucción:

"1. Jacobo Schiff, judío.

"2. Kuhn, Loeb & Cía., firma judía.

"Dirección:

"Jacobo Schiff, judío(1);
"Félix Warburg, judío;
"Otto Kahn, judío(2);

---

(1) Schiff interviene personalmente y como presidente del banco Kuhn, Loeb y Cía.

(2) Otto Kahn presenta una curiosa personalidad, típicamente judía. Por un lado, protector de los artistas; por otro, financiador de la revolución mundial. He aquí cómo lo caracteriza el Dr. FRIEDRICH WICHTL en su ya mencionado libro *Weltfreimaurerei, Weltrevolution, Weltrepublik* (Munich, 1936, 12ª edición, a cargo de Robert Schneider), p. 248, nota 1): "Otto Kahn, nacido en Mannheim en 1867, trasladóse a Nueva York en 1893. Desde 1897 es socio de la influyente firma bancaria Kuhn, Loeb & Cía. Kahn es el prototipo del millonario judío que trata de hacer simpático al judaísmo mediante subvenciones al arte. Fué presidente de la Comisión Financiera y Monetaria de la Cámara de Comercio de

"Mortimer Schiff, judío (1);
"Jerónimo H. Hanauer, judío.
"3. Guggenheim, judío (2);
"4. Max Breitung judío.

"No hay, pues, casi duda de que la revolución rusa, que estalló un año después de la información precedente, fué iniciada y fomentada por influencias claramente judías. Y en efecto, en abril de 1917, Jacobo Schiff hizo una declaración pública, en la cual decía que gra-

---

Nueva York, Comandante de la Legión de Honor francesa, Presidente del Consejo de Administración de la "Metropolitan Opera House" de Nueva York, Vicepresidente de la Sociedad de la Orquesta Filarmónica de la misma ciudad, etcétera. Solía decir Roosevelt de Kahn que su rostro estaba dirigido hacia la luz (evidentemente, referíase a la luz de la logia)". Véase, finalmente, cómo se expresa al respecto de su propio judaísmo este ardiente protector de las artes y los revolucionarios comunistas: "Mis padres, que eran cosmopolitas declarados, y que habían tomado parte activa en la revolución de 1848, no me hicieron impartir una educación judía, ni en el sentido religioso ni en el sentido nacional del término. Sin embargo, cada día que pasa me penetra más la convicción de que el judaísmo es una cuestión de raza y de sangre, a la cual nunca podremos sustraernos en la vida..." (Cita tomada de la publicación "Hammer", del 15 de julio de 1928, por Theodor Fritsch, *op. cit.*, p. 507.)

(1) Hijo de Jacobo Schiff.

(2) Este capitalista del bolchevismo es el "filántropo cultural" que costea becas de perfeccionamiento científico en América. Personalidad semejante a la de Otto Kahn.

cias a su apoyo financiero había podido triunfar la revolución rusa.

"II. En la primavera de 1917, Jacobo Schiff comenzó a comanditar a Trotsky (judío) para que hiciera la revolución social en Rusia. El diario judío bolchevique de Nueva York, *Forward*, se cotizó también con el mismo objeto.

"Desde Estocolmo, el judío Max Warburg(1) habilitaba igualmente a Trotsky y Cía.; y lo mismo hacían el Sindicato Westfaliano-Renano, importante consorcio judío, el judío Olef Asch-

---

(1) Este Max Warburg era el principal accionista de las empresas navieras Deutscher Lloyd y Hamburg-America Line, al mismo tiempo que el presidente del banco Max Warburg & Cía. Tenía dos hermanos: Pablo, casado con la cuñada de Jacobo Schiff, y Félix, casado con la hija del mismo, ambos socios del banco Kuhn Loeb & Cía., que presidía Schiff. Acerca de la participación del banco Max Warburg en la revolución rusa, informa suficientemente la publicación oficial norteamericana "The german-bolchevic conspiration", editada por la Comisión de Información Pública de Washington (octubre de 1918, p. 27), la cual transcribe el siguiente telegrama:

"Estocolmo, 21 de septiembre de 1917.

"Sr. Rafael Sholak, Haparand.

"Estimado camarada: La dirección del banco M. Warburg informa, conforme al telegrama de la dirección del Sindicato Renano-Westfaliano, que ha sido abierta una cuenta corriente para la empresa del camarada Trotsky.

J. Fürstenberg."

(Cfr. A. Netchvolodow, *op. cit.*, p. 99.)

berg, del Nye Banken de Estocolmo, y Yivotovsky, un judío con cuya hija está casado Trotsky. Así se establecieron las relaciones entre los multimillonarios judíos y los judíos proletarios.

"III. En octubre de 1917, se verificó la revolución social en Rusia, y gracias a ella, ciertas organizaciones de Soviets tomaron la dirección del pueblo ruso. En estos Soviets se destacaron los nombres que consignamos:

Nombres de batalla	*Nombres verdaderos*	*Nacionalidad*
Lenin	Ulianof	Ruso
Trotsky	Bronstein	Judío
Steklof	Najamkes	"
Martof	Zederbaum	"
Zinovief	Apfelbaum	"
Kamenef	Rosenfeld	"
Sujanof	Gimel	"
Saguersky	Krochmal	"
Bogdanof	Silberstein	"
Uritsky	Radomilsky	"
Larin	Lurie	"
Kamkof	Katz	"
Ganetsky	Fürstenberg	"
Dan	Gurevich	"
Meshkovsky	Goldberg	"
Parvus	Helphand	"
Riasanof	Goldenbach	"
Martinof	Zibar	"
Chernomorsky	Chernomordik	"
Solntzef	Bleichmann	"
Piatnisky	Zivin	"
Abramovich	Rein	"
Zvesdin	Voinstein	"

Nombres de batalla	*Nombres verdaderos*	*Nacionalidad*
Maklakovsky	Rosenblum	Judío
Lapinsky	Loewenschein	"
Bobrof	Natansohn	"
Axelrod	Orthodox	"
Garin	Garfeld	"
Glazunof	Schultze	"
Joffe	Joffe	"

"IV. Al mismo tiempo, un judío, Paul Warburg, demostraba tener relaciones tan estrechas con los personajes bolcheviques, que no fué reelegido en la *Federal Reserve Board.*

"V. Entre los amigos íntimos de Jacobo Schiff, estaba el rabino Judas Magnes, que era amigo devoto y agente incondicional de Schiff. El rabino Magnes es un enérgico dirigente del judaísmo internacional; el judío Jacobo Milikof declaró un día que Magnes era un profeta.

"A principios de 1917, este profeta judío estableció la primera asociación verdaderamente bolchevique en ese país, bajo el nombre de "Consejo del Pueblo". El peligro de esta asociación no se reveló sino más tarde. El 24 de octubre de 1918, Judas Magnes (rabino) declaró públicamente que era bolchevista y que estaba en completo acuerdo con su doctrina y su ideal([1]). Esta declaración la hizo Magnes

---

([1]) Arriba (p. 36) nos hemos preguntado qué piensa la Sinagoga del bolchevismo y de la intervención decisiva de los judíos en su propaganda y realización his-

en una reunión del Comité Judío de Norte América, en Nueva York (1). Jacobo Schiff condenó las ideas de Judas Magnes, y éste, para engañar a la opinión pública, abandonó el Comité Judío de Norte América. Sin embargo, Schiff y Magnes quedaron en perfecta armonía como miembros del Consejo de Administración de la Kehilla (Kahal) judía.

"VI. Judas Magnes, por otra parte, está en relaciones estrechas con la organización sionista universal Poale, de la que fué director. Su fin último es establecer la supremacía internacional del partido laborista judío, y una ve más se ve la unión entre judíos multimillonarios y proletarios (2).

---

tórica. Al menos contamos ya, a esta altura, con una respuesta que difícilmente podría ser más autorizada. Guardémonos, empero, de concluir nada al respecto.

(1) Debe de ser el discurso del cual transcribimos una frase en la p. 19.

(2) Conviene precisar mejor qué es la Poale: "La política moderada del Partido Laborista *(se refiere al judío, adherido a la II Internacional)* es combatida sobre todo por el *Poale Zion*, cuyos miembros profesan una ortodoxia marxista extrema. No obstante sus teorías puramente comunistas, no está afiliado a la III Internacional a causa de sus "herejías nacionalistas". Su concepción ortodoxa del marxismo no le impide, en efecto, adherir al movimiento sionista. No participa de los congresos sionistas porque piensa que tales congresos son instrumentos de colaboración de las clases, que él rechaza como buen comunista. Se opone al sionismo idealista, y quiere reemplazarlo con un sionismo proletario, que desempeñe su parte en la lucha contra el orden vi-

"VII. Hace algunas semanas estalló la revolución social en Alemania; automáticamente, la judía Rosa Luxemburgo tomó la dirección política, y el judío Haase es uno de los principales jefes del movimiento bolchevique internacional. En este momento, la revolución social en Alemania se desarrolla siguiendo las mismas directivas judías que la revolución social en Rusia.

"VIII. Si tenemos en cuenta el hecho de que la firma judía Kuhn, Loeb y Cía. está en relaciones con el Sindicato Westfaliano-Renano, firma judía de Alemania, con Lazard Frères, casa judía de París(1), y también con la casa bancaria Gunzburg, firma judía de Petrogrado, Tokio y París, y si advertimos además que los precedentes negocios judíos mantienen estrechas relaciones con la casa judía Speyer & Cía., de Londres, Nueva York y Francfort del Meno, lo mismo que con el Nye Banken, casa judía bolchevique de Estocolmo(2), comprobaremos que el movimiento bolchevique en sí es hasta cierto punto la expresión de un movimiento general judío, y que determinadas casas ban-

---

gente". (Cfr. H. de Vries de Heekelingen, *op. cit.*, página 182.)

(1) Sobre la alta finanza judía de Francia y sus relaciones con la Rusia Soviética, véase *Oro, Cañones, Democracias*, de PAOLO ZAPPA. Ed. La Mazorca, Buenos Aires, 1941.

(2) No se olvide que el "vagón sellado" tenía fijado Estocolmo como punto de destino.

carias judías están interesadas en la organización de este movimiento" ([1]).

El general Nechvolodof, en su obra citada, precisa aún más el aporte plutocrático judío a los revolucionarios soviéticos: "Durante los años que precedieron a la revolución, doce millones de dólares habían sido entregados por Jacobo Schiff a los revolucionarios rusos. Por otra parte, según M. Bakmetieff, embajador del gobierno imperial ruso en Estados Unidos, fallecido en París hace algún tiempo, los bolcheviques triunfantes habían remitido, entre 1918 y 1922, 600 millones de rublos oro a la firma Kuhn, Loeb & Cía." ([2]).

Como se ve, parece que también en este caso hubo simultáneamente una aventura política —faz pasional— y una operación financiera —faz utilitaria—, pues, de triunfar aquélla, había el compromiso de reembolsar los fondos

---

([1]) Este notable documento fué publicado por vez primera en 1920, en la *Documentación Católica*, y luego reproducido varias veces, entre otros, por el *Times* de Londres, el 9 de febrero de 1918, y por el *New York Times*, en dos artículos de Samuel Gompers, del 1º de mayo de 1922 y el 31 de diciembre de 1923, en los cuales este destacado judío reconoce y explica el apoyo prestado al comunismo por la alta finanza hebrea. Nosotros lo hemos tomado de A. Nechvolodof, *op. cit.*, pp. 97-102.

([2]) Ver la cita que hace de Gulevich, *Tzarisme et revolution*, p. 274 la documentada obra del profesor A. H. VARELA, *Las Hordas Comunistas* (Buenos Aires, s. f.), p. 360. El dato de A. Nechvolodof acerca del aporte de Schiff está en *op. cit.*, p. 98.

adelantados, suponemos que con sus correspondientes intereses. Podrá argüirse entonces que se trataba solamente de un negocio y que los banqueros judíos sólo contemplaban una buena inversión de dinero. Debe responderse a esto, en primer término, que desencadenar una revolución enderezada a derribar la última dinastía realmente cristiana que quedaba en el mundo, al lado de la alemana y la austríaca, cuyos días por ese entonces estaban virtualmente contados, no tiene aspecto alguno de negocio, máxime existiendo de por medio, y en forma por demás notoria, la revolución social comunista, cuyas finalidades no ignoraban por cierto, y aún más, compartían, los banqueros prestamistas; y, en segundo término, que el presunto préstamo carecía en absoluto de garantía para poder ser un simple negocio; efectivamente, el dinero se perdía de seguro en caso de fracasar el movimiento, y asimismo, en caso de triunfar, había la seria probabilidad de que los bolcheviques, habituados a robar tesoros del Estado en plena calle y asaltar bancos(1), no devolvieran un solo centavo de los millones recibidos. De todos modos, jugando a dos puntas, y en virtud de "esos movimientos desordenados", desconcertantes, del alma ju-

(1) Véase al respecto de estos hábitos bolcheviques el libro de JULIO ROBERTO CORTÉS, *La rebelión comunista en el mundo*, en la "Colección Anticomunista" de La Mazorca, Buenos Aires, 1943, cap. II.

día que señala Kadmi-Cohen, los judíos de Nueva York y demás capitales financieras se trazaban dos programas: el mínimo, perder la plata y ganar la revolución; el máximo, ganar la plata y la revolución. Al fin y al cabo, en caso de perder ambas, ya se agenciarían ellos los medios de recuperar el dinero y de continuar, *evolutivamente,* la tarea de destruir la sociedad cristiana.

Plutocracia y revolución mundial.

Si después de la transcripción del precedente documento, enviado oficialmente por el Servicio Secreto del gobierno norteamericano al delegado del gobierno francés en Washington, subsistieran todavía dudas acerca de la conexión efectiva existente entre la alta finanza judía y la revolución bolchevique, creemos que bastarán para disiparlas el testimonio de Hilaire Belloc, al cual ya hemos señalado por la simpatía con que argumenta en favor de los judíos toda vez que puede hacerlo sin mengua de la verdad sobrenatural y la histórica. "Es imposible —dice Belloc— que comités compuestos por judíos que se encuentran de pronto así, en posesión de tales poderes antes desconocidos, no hayan deseado beneficiar a sus correligionarios. Es imposible, asimismo, que hayan olvidado un sentimiento de venganza contra los que habían perseguido a su pueblo en

el pasado. Al destruir Rusia, no pudieron menos, seguramente, de conjugar al deseo de favorecer a los rusos pobres, tomados individualmente, el de vengarse de la tradición nacional, en globo... Además, es imposible, disponiendo los Comités judíos de tan amplio dominio del tesoro y los medios de comunicación de Rusia, que no hayan congeniado en cierto modo con sus connacionales que poseían un dominio semejante de la finanza occidental. Por sincero que fuese su aborrecimiento del capitalismo (pues, probablemente, la mayor parte de ellos son bastante sinceros en este punto), está en la naturaleza de las cosas que un individuo de su propia sangre y su propia estirpe, por descaminado que puedan considerarlo, deba de encontrar en ellos mejor acogida que uno de los nuestros. Esto explica la semialianza que se percibe en todo el mundo entre los banqueros judíos, por una parte, y la dirección judía de la revolución rusa, por otra. Esto explica la desgana de la defensa organizada contra el bolchevismo, las perpetuas reclamaciones de orden comercial, las negociaciones constantes, el reconocimiento de los Soviets por nuestros políticos, la grita del "laborismo" en favor del industrialismo judío-alemán y contra Polonia: todo lo cual ocurrió dondequiera fuese poderosa la finanza hebrea, particularmente en Westminster" [1].

---

[1] HILAIRE BELLOC, *op. cit.*, pp. 60-61.

El gran novelista y ensayista británico explica por medio de la afinidad castiza, por la pertenencia común a un mismo pueblo, la "semialianza" notoria entre la alta finanza judía y el equipo judío de la revolución bolchevique. Hay derecho, sin embargo, a pasar de las causas a los fines, vale decir, a completar la explicación, por las causas, con la comprensión, por los fines. ¿Es posible que los banqueros judíos no se dieran cuenta de que, subvencionando a sus peligrosos connacionales, ponían los cimientos de su propia ruina? No. Hay no sólo derecho, sino más aún, obligación de aclarar un hecho que, explicado así, queda sin sentido. Y la única aclaración posible es que los banqueros judíos conocían y deseaban las consecuencias que acarrearía la revolución bolchevique en caso de triunfar.

Anteriormente, hemos reconocido que el socialismo evolutivo o democrático satisface mejor las modalidades más típicas del alma judía que el socialismo revolucionario, máxime si acompañado éste de la instauración de un Estado tan fuerte como el soviético; a lo cual debemos agregar que la república mundial propugnada por la Masonería —a la cual está ligada la plutocracia más que el comunismo [1]—

---

(1) "En las naciones de la Entente (los "Aliados" de la Guerra del 14) se abrieron logias cuyo objeto era servirse de los dirigentes obreros para fines masónicos. Los nombres de estas logias demuestran su

no parece presentar mucha semejanza con la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, a pesar de que en último extremo, entre los movimientos de carácter nacional y los de orientación roja, la Masonería siempre se pronuncia y se ha pronunciado contra los primeros y, sin reservas, en favor de los segundos. Pero no se ha tratado aquí, probablemente, sino de una aventura y un experimento que se vieron coronados por el más franco de los éxitos. Antes

---

finalidad. Así, por ejemplo, existen logias en Francia que llevan los nombres siguientes: "La Aurora Social", "Los Amigos del Pueblo", "Social", "La Acción Socialista de Francia", etc." (WICHTL, *op. cit.*, p. 253.) Virtualmente, todos los dirigentes de la revolución comunista en Baviera pertenecían a logias judías. *(Ibíd.*, p. 253.) "Los dos tiranos más grandes de Rusia eran masones. Nunca dejaron de encontrar amparo en la logia "Art et Travail" de París los revolucionarios extremistas de todo el mundo. El 6 de febrero de 1918, "Libre Parole", siempre bien informada, dió la noticia de una tenida realizada en el templo de aquella logia el 24 (!) de diciembre de 1917, en la cual el Hno. Rozières, de la logia "Jean Jaurés", pronunció un discurso de homenaje a los Hnos. Lenin y Trotsky (Braunstein)". *(Ibíd.*, p. 254.) Todo esto, sin embargo, no impidió que la III Internacional, fundada en marzo de 1919 en Moscú, votara la siguiente resolución contra la Masonería: "Es de imprescindible necesidad que los órganos dirigentes del partido rompan todos los puentes que llevan a la burguesía y que, por consiguiente, corten radicalmente toda relación con la Masonería. Debe llevarse al partido comunista el pleno conocimiento del abismo que separa al proletariado de la burguesía. Una fracción de los elementos

de la Revolución Rusa, no hay dificultad en admitir que los judíos, en general, no concebían una forma tan radical de acelerar el cumplimiento de sus aspiraciones. De hecho, sin la poderosa personalidad de Lenin, y a pesar de que Trostky aparece como el "técnico del golpe de Estado" por excelencia (ponderación debida posiblemente a la propaganda judía), la revolución rusa no hubiera podido consumarse. Una vez consumada, sin embargo, y posesionado del poder el copioso equipo judío que detallaremos en el Capítulo III, una nueva y potente esperanza iluminó el horizonte del pueblo de Israel. Y hoy, más que nunca, vemos cómo, mientras el socialismo democrático ha fracasado en todas partes y en toda la línea, el comunismo, en cambio, acrece su poder e inclusive su prestigio, pues hasta los gobiernos burgueses más melindrosos han entablado relaciones diplomáticas con el Estado soviético, o bien discuten su conveniencia como si fuera

---

dirigentes del partido trató, con subterfugios, de tender puentes sobre ese abismo a fin de servirse de las logias masónicas. La Masonería es la más deshonesta e infame engañifa que ha urdido contra el proletariado una burguesía inclinada al radicalismo. Nos vemos en la necesidad, pues, de combatirla con el máximo rigor". *(Ibíd.*, p. 186.) Es interesante hacer notar que los famosos "Protocolos de los Sabios de Sion" contienen, en uno de sus artículos, una condenación semejante de las sociedades secretas... ¡Así paga el diablo, verdaderamente! Vale decir, el diablo que quiere reinar solo, sin infernal compañía.

un episodio político como cualquier otro. Lo que sucedió con el socialismo democrático en sus comienzos dentro de la sociedad burguesa liberal, está ocurriendo ahora dentro de la actual: al horror y alarma de los primeros momentos sucede poco a poco una especie de tolerancia, benevolencia, en fin, simpatía, a medida que la gente democrática se familiariza con los detalles del experimento y se entera, no con mucha sorpresa, de que el comunismo no viene a destruir sus más caros valores, sino justamente a luchar por su defensa contra un enemigo común. Desde entonces, el judío siente que debe apoyar al comunismo y, más aún, que puede hacerlo tranquilamente, pues tiene la doble protección del Estado capitalista y el Estado proletario.

Algunos autores, Wichtl-Schneider, por ejemplo, opinan que la innegable ayuda de los banqueros judíos a sus connacionales bolchevistas era una tentativa de comprarse la buena voluntad de los dirigentes revolucionarios del proletariado y asegurar así la pervivencia del dominio del capitalismo financiero y monopolizador, desviando contra las dinastías, los *fascismos*, las iglesias, los "prejuicios burgueses", etcétera, las reivindicaciones del pueblo explotado. Aceptemos que sea así, pero ¿qué queda de la sociedad actual una vez eliminadas las instituciones y costumbres tradicionales que le dan forma y carácter? El capitalismo monopolizador y usurero ya hizo lo posible por re-

ducir la sociedad a dos capas únicas: la de los inmensamente ricos y sus servidores, y la de los completamente pobres. Si se suprimen aquellas instituciones y costumbres, la supervivencia del capitalismo aparece como una noción sobremanera abstracta. No se ve cómo podría continuar frente a un proletariado más fuerte y organizado que nunca. Y no creemos a los banqueros judíos tan poco inteligentes y positivos como para pretender comprar a un grupo de energúmenos de la revolución social con unos millones de dólares, precisamente destinados a colocar a tal grupo al frente de una formidable potencia, cuando bien hubieran podido emplearlos en reforzar los elementos que obstruían sus maquinaciones. Es visible que los banqueros judíos obraron en esto con un fin positivo predeterminado. No se trataba para ellos de asegurarse la buena voluntad de nadie ni de derivar hacia otras realidades la ruina que los amenazaba, sino simplemente de habilitar a un equipo revolucionario con doctrinas expansionistas para que destruyera, por lo pronto, a una dinastía imperial, y la reemplazara, *mutatis mutandi,* en el poder. Naturalmente, puede argüirse que solamente lo primero perseguía la alta finanza masónica, pues ya se sabe que una de las finalidades capitales de las logias es derribar las monarquías (a no ser que, como la británica, estén identificadas con la obra masónica, lo cual explica por qué la masonería británica forma una especie de

grupo aparte dentro de las sociedades secretas de este tipo). Pero para robustecer tal argumento, hubiera sido preciso que la alianza plutocrático-soviética no se hubiera sellado sobre la base de la afinidad racial judía. Es decir, ¿por qué judíos, precisamente, los banqueros? ¿Por qué judíos, precisamente, los revolucionarios? Se ve, pues, que no existía de por medio un interés capitalista (no hay ningún banquero cristiano metido en estos embrollos), sino exclusivamente un interés judío. Podrá discutirse, en suma, cuál fué ese interés judío, pero no puede discutirse que fué un interés judío.

Conclusiones.

1ª — Admitidas la existencia viva de la idea mesiánica en el pueblo judío y su índole materialista, vale decir, su equiparación a un dominio efectivo, político, de Israel sobre las demás naciones, corresponde orientar las pesquisas por el lado de los medios que la historia va suministrando para obtener concretamente ese dominio.

2ª — El primer medio, en el orden cronológico, es la monopolización de la riqueza, previas estas cuatro condiciones: 1ª, la riqueza da el poder, como principio político inconcuso, de hecho o de derecho; 2ª, toda riqueza es susceptible de reducirse a valores de cambio ex-

presados en último extremo por papeles impersonales; 3ª, el capital financiero o de préstamo goza del máximo privilegio frente a los demás valores económicos, así como la riqueza goza del máximo privilegio frente a los demás valores sociales; y 4ª, desmoralización y desorientación de la sociedad cristiana mediante la pornografía, las tendencias artísticas aberrantes, la literatura "psicoanalítica", las doctrinas teosóficas, la acción personal de las logias masónicas y rotarianas, el periodismo "independiente" mercenario, las costumbres exóticas (inculcadas por el cinematógrafo y las revistas de moda), la ética disolvente del "amor libre", el "vivir la vida", la "liberación de la mujer" y la "vida natural", el neo-malthusianismo, etc., etc.

3ª — El segundo medio, en el orden cronológico, es la movilización del proletariado, según las doctrinas más proféticas que talmúdicas, más violentamente mesiánicas, de Karl Marx (Mardojai) y Fernando Lassalle (Wolfsohn), a los cuales debe agregarse el alemán Federico Engels. Habida cuenta de que la excesiva acumulación de la riqueza, obra atribuible al haz utilitario del alma judía, produjo una formidable potencia numérica, doctrinaria y finalmente política de signo contrario, a saber: el pueblo desposeído, movilizado bajo el pendón de ideas surgidas del haz pasional del alma judía, y de que esta segunda fuerza histórica demuestra tener más probabilidades de

llevar al triunfo de Israel, o al menos, a la destrucción de la sociedad cristiana, las esperanzas de los judíos, tanto proletarios como capitalistas, se orientan hacia el lado de la revolución social comunista. Sin embargo, mientras no se extienda ésta mundialmente, la alta finanza internacional seguirá desempeñando su papel dentro de la sociedad cristiana, "burguesa", socavando sus cimientos éticos e institucionales. Un formidable movimiento de pinzas, en suma, aunque no pueda asegurarse que obedezca a viejos planes preestablecidos; más probable es que se trate de un hábil aprovechamiento de fenómenos espirituales y sociales no determinados, sino más bien codeterminados, por ellos, una especie de parasitismo activo de extraordinarias dimensiones históricas, según ocurrió también con las sociedades secretas masónicas, tal como se inclinan a creer ahora los historiadores de la secta(1).

---

(1) "Algunos autores han querido ver en la Masonería una creación puramente judía; pero es una conclusión demasiado unilateral; en el estado actual de nuestros conocimientos acerca de la Masonería, no puede considerarse demostrado su origen judío". (CONDE LEÓN DE PONCINS, *Freimaurerei und Judentum.* En "Die Weltfront", serie I (1935), p. 82.) En cambio, no subsiste duda alguna acerca de la fidelidad con que la Masònería está sirviendo desde hace ciento cincuenta años los intereses del judaísmo, sea del tipo liberal-capitalista y republicano —en el cual sentido está orientada la doctrina oficial masónica—, sea del tipo proletario-comunista.

CAPITULO III

LOS JUDIOS EN LA REVOLUCION RUSA

Los criptojudíos.

Se llama *criptojudíos* a los que se escudan tras un bautismo de mero cálculo, una conversión forzosa de sus antecesores o un nombre y un apellido no judíos, para desenvolverse mejor en el seno de la sociedad cristiana. Hilaire Belloc dedica una sección del Capítulo V de su obra citada al "deplorable hábito judío de ocultarse" —"trabajando por intermedio de sociedades secretas, usando nombres falsos, escondiendo la parentela, negando el origen judío"—, y después de citar algunos ejemplos de equivalencias, tomados del "código de falsos nombres" de los judíos —Salomón hace Stanley, Cohen hace Curzon, Schlesinger hace Sinclair, Moses hace Montagu, Benjamín hace Ben-

son[1], etc.—, descubre ciertas ascendencias judías que presentan interés bastante como para hacer dispensar su falta de atinencia a la cuestión comunista. Así, resultan ser judíos los poetas Matthew Arnold y Robert Browning (¡se explica, pues, que la familia Barrett-Browning obtuviera tanto favor en el cine de Hollywood y la escena!) ; y resultan asimismo ser hijos de madres judías el escritor inglés —hoy un tanto olvidado— Charles Kingsley y el fundador del Ejército de Salvación, Williams Moss-Booth. Dato, este último, muy significativo, por cierto.

Importa dilucidar este punto, porque la táctica de los revolucionarios comunistas y anarquistas de usar varios nombres para despistar a la policía, unida a la análoga de los judíos, produce equívocos perniciosos e inclusive da pie a los defensores de éstos para sostener, barajando nombres eslavos, que en el gobierno de la Rusia Soviética no hubo, o no hay, más que una exigua minoría hebrea.

Patronímicos judíos.

Theodor Fritsch, en su *Handbuch der Judenfrage* (pp. 32-33), da una lista de nombres he-

(1) Desde luego, los equivalentes son apellidos perfectamente británicos; lo que significa que el solo hecho de llamarse así una persona no autoriza a suponerla judía.

breos con sus equivalentes y derivados más conocidos. Nos parece de interés mencionar los siguientes:

Nombre hebreo	*Equivalentes y derivados europeos*
Aron	Arend
Abigdon	Victor
Abraham	Aberl (Eberl), Afrom (Efron)
Baruch (Baruj)	Berthold
Benjamín	Wolf, Wulf
Janoj	Hennig, Händel
David	Tewel, Teweles
Eliezer	Leser, Leyser, Laser, Lazarus
Emanuel	Mendel
Feibel	Feibich, Philipp
Feidel	Veit
Ezequiel	Haskel
Jacob	Koppel
Jehuda	Löb, Löwe, Lion o Lyon
Isaac	Itzig
Joel	Julius
Caín	Heyne, Heimann
Katz	Kahn
Levi	Leib, Leopold
Lucas	Lickes
Manasés	Mones, Mannes
Marcos	Marx
Moisés	Mosse, Mosen, Moisi, Moritz
Naftali	Hirsch, Hirschel, Cerf
Salomón	Salman, Salmon
Samuel	Zangwill
Sender	Alexander
Sanson	Samson

A esta lista hay que añadir los que significan "hijo de", como: Jacobsohn, Jadassohn, Mendelssohn, etc.

Otra nómina de nombres judíos característicos tiene su origen en ciudades y ciudadanías, especialmente alemanas. Ejemplos: Augspurg, Breslau y Breslauer, Mannheim y Mannheimer, Cassel, Feuchtwanger, Friedländer, Frankfurter, Graetz, Landsberg y Landsberger, Oppenheim y Oppenheimer, Rathenau, Schwabach, etc.; a los cuales cabe agregar otros, españoles, como Toledano, italianos, como Volterra, Treves (Tréveris) y Castelnuovo - Tedesco (Castelnuovo, traducción fiel de Neuschlosz, como Maizel de Kornfeld, Arbolave de Vogelbaum ¿y Campomar de Seefeld?), franceses, como Valencienne, o Valensin, o Valansi; etc.

Las piedras preciosas denotan origen judío: Karfunkelstein (carbunclo), Edelstein (piedra preciosa), Brilliant, Diamant, Rubiner o Rubin (rubí), Bernstein (ámbar amarillo), Shapir o Sapir (zafiro), Perl (perla), etc. También son judíos los que aluden a oficios usurarios: Cassirer (cajero), Wechselman (agente de cambio), Wechsler (ídem), etc.

Característicos asimismo son los apellidos *odoríferos*: Blumenfeld (prado florido), Lilienthal (valle de lirios), Rosenzweig (rama de rosas), Veilchenduft (aroma de violeta), etc. E igualmente, los piadosos y encomiásticos: Gottdiener (servidor de Dios), Verständig (sensato), Lieblich (agradable), Fromm (pío), Süss (dulce), etc.; o bien, sus contrarios: Cadáver, Ochsenhorn (cuerno de buey), Scharlachfieber (escarlatina), Nasloch (orificio nasal), etc.

Estas reglas, sin embargo, ya de por sí imprecisas, carecen de aplicación para la mayor parte de los casos que nos interesan, pues el nombre judío aparece reemplazado por otro perfectamente cristiano que en nada se le asemeja. Por ejemplo, el novelista Emil Ludwig es hijo de un oculista de Breslau llamado Cohn; Trotsky es Braunstein o Bronstein; Radek es Sobelsohn; etc. Ya veremos en el siguiente parágrafo cómo, sin conocer la clave, se hace imposible distinguir a los judíos de los no judíos en la historia de la revolución bolchevique.

Los constructores de la U. R. S. S.

Antes de dar la lista de los principales actores de la revolución bolchevique, corrigiendo debidamente los errores de nombres y nacionalidad que contiene la transcripta por el Conde León de Poncins en su obra citada, y acrecentándola bastante, vamos a formular unas ligeras indicaciones acerca de la escritura de los nombres rusos en nuestro idioma.

La "j" castellana aparece en los nombres rusos representada innecesariamente por el digrama "kh" —si se los toma del francés— o por la letra alemana "ch", que tiene el sonido de nuestra "j". Así, Kharkoff, o Charcov, para nosotros es Jarkof. La doble "f" la simplificamos por ser innecesaria su duplicación en castellano.

La "w" alemana la reemplazamos por la "v", y, al final de palabra, por la "f". Así Swerdlow, lo escribimos Sverdlof.

La "tch" francesa y la "tsch" alemana la reducimos a nuestra "ch". Así, Tchitcherin, o Tschitscherin, queda Chicherin. Y la "ch" francesa y la "sch" alemana, a "sh". Así, Laschewitsch se reduce a Lashevich. Adviértase que las terminaciones en "in", "ef", "of", "ich", no son agudas, y que es un galicismo pronunciarlas en esa forma, así como escribir la primera "ine": Lenine, Staline, etc.

La "ou" de los franceses la dejamos "u". Así, Ouritsky queda Uritsky, Manouilsky, Manuilsky, etc.

Las demás combinaciones exóticas que se representan con diferentes signos convencionales —Zh (en Zhitomir), Dsh (en Dshugeshvili), Ds (en Dsershinski), etc. — las dejamos tales cuales se conocen.

He aquí la nómina general de los constructores de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, entre los cuales una docena de judíos que contribuyeron decisivamente al derrocamiento del Zar sin ser bolcheviques:

Seudónimo	*Nombre verdadero*	*Nacionalidad*
Lenin	Vladimiro Ilich Ulianof	Ruso (1)
Trotsky	Leiba Braunstein o Bronstein	Judío



Agranof, Subjefe 2º del Comisariado del Interior (G. P. U.).



Herschel Yagoda (Jehuda), el famoso jefe de la Checa de Moscú.



Rosalía Lübeck, alias Rosa Luxemburgo, jefa de los Espartaquistas de Berlín.



Eugenio Leviné-Nissen, jefe del gobierno soviético de Munich en abril de 1919.



Federico Adler, asesino del conde von Stürkgh.



Moisés Rosenberg, embajador soviético en la España Roja.



Hans Kippenberg, jefe terrorista del comunismo alemán antes del año 1933.



Heinz Neumann, hijo de un millonario judío de Berlín, llamado "El verdugo de Cantón", hombre de confianza de Stalin; estuvo en la última guerra civil española.

Seudónimo	*Nombre verdadero*	*Nacionalidad*
Steklof	Najamkes	Judío
Martof	Zederbaum	"
Gusief	Drapkin	"
Kamenef	Rosenfeld	"
Sujanof	Himmer	"
Bogdanof	Silberstein	"
Goref	Goldmann	"
Uritsky		"
Volodarsky	Goldstein	"
Berman		"
Sverdlof		"
Hanecky	Fürstenberg	"
Dan	Gurvich	"
Martinof	Picker	"
Abramovich	Rein	"
Borodin	Grusenberg	"
Radek	Sobelsohn	"
Zinovief	(Apfelbaum) Radomyslsky	"
Litvinof	Wallach Finkelstein	"
Lunacharsky	Jaimof	"
Kolontay		De madre judía
Joffe		Judío
Bunakof	Fundaminsky	"
Moguilevsky		"
Manuilsky		"
Chicherin		Ruso

---

(1) Una discusión ociosa se ha levantado en torno del origen presuntamente judío de Lenin por vía materna, al llamarse su madre María Alexandrovna Blank y ser algunos individuos de ese apellido judíos. De todos modos, la mayoría judía en la revolución rusa y alrededor de Lenin, así como la inclinación que evidenció éste siempre por los judíos, eximen de mayores averiguaciones sobre el punto. Aun cuando no judío, vivía y obraba como tal.

Seudónimo	*Nombre verdadero*	*Nacionalidad*
Stalin	Josif Visarianovich Dshugashvili	Georgiano
Frumkin		Judío
Goloschchekin		”
Yaroslavsky	Gubelmann	”
Lashevich		”
Liadof	Mandelstam	”
Sokolnikof	Brilliant	”
Riasanof	Goldendach	”
Davidsohn		”
Rappaport		”
Dsershinski		Polaco
Miliutin		Ruso
Muranof		”
Bubnof		”
Stasova		Rusa
Shaumian		Armenio
Lomof	Oppokof	Ruso
Molotof	Scriabin	”
Nevsky		”
Unschlicht		Judío
Kaganovich		”
Antonof-Ovseienko		Ruso
Dybenko		Ucraniano
Raskolnikof		Ruso
Rikof		”
Shliapnikof		”
Krylenko		”
Nogin		”
Skvorzof-Stepanof		”
Teodorovich		”
Avilof	Gliebof	”
Karajan		Armenio
Menshinsky		Polaco
Trilisser		Judío
Voroshilof		Ruso
Bujarin		”
Yagoda	Jehuda	Judío

Seudónimo	*Nombre verdadero*	*Nacionalidad*
Yacovlef	Epstein	Judío
Messing		"
Rudsutak		Letón (¿judío?)
Tujachevsky		Ruso
Kuybishef		Judío
Ordshonikidse		Georgiano
Mikoyan		Armenio
Kalmanovich		Judío
Rosenholtz		"
Losovsky	Dridse	"
Rujimovich		"
Andreief		Ruso
Tomsky	Efremof	"
Podvoisky		"
Smirnof		"
Schmidt		"
Briujanof		"
Osinsky		"
Yanson		Letón
Antipof		Ruso
Zijon		Judío
Dimitrof		Búlgaro
Kalinin		Ruso
Budenny		Ucraniano
Bela Kun	Aarón Cohen	Judío
Semliachka	Salkind	Judía
Axelrod	Orthodox	Judío

Hemos citado, en total, 106 nombres de figuras prominentes de la revolución bolchevique (1). Hemos dejado de lado algunos menos destacados,

(1) Sumamos a la nómina precedente 14 nombres de judíos citados en las pp. 59-60 y no repetidos en ésta.

entre los cuales más judíos que no judíos, como es natural, pues la gravitación numérica de los judíos es mayor en las altas funciones administrativas, menos visibles, que en las políticas. (Sin embargo, procuraremos citar el mayor número posible de ellos al estudiar en detalle las vicisitudes de la revolución.) De estos 106, 63 son judíos y 2 semijudíos; entre los 41 restantes, hay 31 rusos y 10 de otras nacionalidades (georgianos, armenios, polacos, letones, etc.). Vale decir: un 59 por ciento de judíos, ¡en una nación donde la población judía sólo constituía el 4,1 por ciento de la población total!(1)

El conde León de Poncins, además de dar una parte de la lista arriba consignada (de la cual eliminamos algunos nombres por conceptuarlos poco significativos), resume en el siguiente cuadro una estadística detallada de los cargos que ocupaban en 1919 los judíos en el Estado soviético, según documentos rusos publicados ese mismo año en Nueva York (*op. cit.*, p. 141):

	Miembros	*Judíos*	*%*
Consejo de los Comisarios del Pueblo	22	17	77,2
Comisaría de Guerra	43	33	76,7
Comisaría de Estado	16	13	81,2
Comisaría de Hacienda	30	24	80
Comisaría de Justicia	21	20	95
Comisaría de Instrucción Pública ..	53	42	79,2

(1) Consideramos los cómputos del último censo de la Rusia zarista, en 1897: 5.110.000 judíos en una población global de unos 125 millones de habitantes.

	Miembros	Judíos	%
Comisaría de Trabajo	8	7	87,5
Asistencia Social	6	6	100
Cruz Roja Bolchevique (en Berlín, Viena, Varsovia, Bucarest, Copenhague)	8	8	100
Comisarios de provincias	23	21	91
Periodistas	41	41	100
Comisaría de Relaciones Exteriores	17	13	76,5
Administración de Higiene	5	4	80
Economía general	55	44	80
Comités de los principales soviets de obreros y soldados	119	95	80
Altos comisarios de Moscú	50	43	86 (1)

Por lo que respecta a la administración soviética, en la misma época, Poncins (*op. cit.*, página 143) suministra la siguiente estadística:

De 545 miembros, son:

Judíos	447
Rusos	30
Letones	34
Armenios	22
Alemanes	12
Finlandeses	3
Polacos	2
Checo	1
Georgiano	1
Húngaro	1
Otros	2

(1) Hemos completado el resumen con datos tomados de H. DE VRIES DE HEEKELINGEN, *op. cit.* (p. 86). Se trata, por lo demás, de guarismos muy conocidos.

Parecen cifras inverosímiles. Pero, como se verá más adelante, al producirse la revolución bolchevique, con el exterminio consiguiente de las clases de los letrados y los funcionarios públicos, los judíos suministraron los contingentes necesarios para reemplazarlos en el servicio de la administración del Estado. Luego, a medida que los jóvenes comunistas fueron pasando por las escuelas primarias y secundarias y las universidades, es probable que la composición de la burocracia soviética evolucionara en favor de los no judíos.

Los judíos en Rusia.

"Los judíos de Polonia y Rusia vinieron de la Europa occidental, singularmente de Alemania, de donde fueron expulsados en el curso de los siglos XIII, XIV, XV y XVI. A raíz de la tripartición de Polonia a fines del siglo XVIII, su población judía pasó a Rusia". Así comienza Herman Fehst su autorizado estudio sobre *Bolschewismus und Judentum* ("Bolchevismo y Judaísmo"), Berlín-Leipzig, 1934, en cuya documentadísima exposición fundaremos la mayor parte de los datos del presente capítulo. Al pasar a Rusia, terminó para los judíos la "vida polaca": vida rural, porque los comerciantes y los artesanos de las ciudades polacas no los admitían en ellas. Catalina II, al principio, 1786, permitió su ingreso a las ciudades, pero a raíz

de la Revolución Francesa, temiendo la difusión de sus ideas antimonárquicas, dictó el ukase del 23 de diciembre de 1791, por el cual se establecía una "zona de colonización" para los judíos, la cual, ampliada sucesivamente hacia el oeste y el sudoeste, incluía en 1818 a Besarabia y Astrajan. Las restricciones anexas comprendían la prohibición de trasponer los límites de la zona, la de poseer explotaciones rurales por cuanto suponían éstas la posesión de siervos cristianos, la de habitar en las grandes ciudades, etc. Algunos judíos aislados pudieron superar las restricciones, pero la mayoría permaneció en la zona. En 1900, el 10 % de la población de ésta —limitada por los ríos Duina, Dniéper, el Mar Negro y el antiguo límite occidental— estaba constituído por judíos, mientras que fuera de ella no pasaban éstos del 1 por ciento. En las pequeñas ciudades y villorrios de la zona, la población judía oscilaba entre el 30 y el 75 por ciento de la población total. Una estadística judía distribuye así a los judíos de la zona según su actividad económica, a fines del siglo XIX:

	%
En el comercio	38,65
En la industria y el artesanado	35,43
En servicios personales (jornaleros)	6,61
En empleos oficiales y profesiones liberales	5,22
En los transportes	3,98
En la agricultura	3,55
En el Ejército	1,07

Mientras el 38 por ciento de los judíos ejercían el comercio, apenas el 3,9 por ciento de los no judíos de Rusia se dedicaban a él en aquella época.

Entrada de los judíos en la política rusa.

En Vilna, centro espiritual de los judíos, nació la primera organización política judía, de orientación socialista, como es natural, en virtud de la difusión que ganaba entonces el socialismo y de las tendencias ya observadas del carácter judío. Era el año 1888. La mayoría de sus miembros (no olvidemos que se trataba de comerciantes) adherían a la doctrina social-democrática, que luego daría origen al *menchevismo,* en el 2º Congreso del Partido Socialdemocrático Ruso, en 1903, cuando los adeptos de Lenin, *bolcheviques,* obtuvieron la mayoría. Sin embargo, en las ciudades industriales, donde había obreros judíos, éstos se inclinaban por el marxismo revolucionario, o bolchevismo.

En 1897 se fundó la Liga General de Trabajadores Judíos de Rusia y Polonia, llamada abreviadamente Liga *(Bund).* La Liga se hallaba muy bien organizada y contaba con hombres capaces. No debe extrañar, pues, que desempeñara el papel principal en las gestiones federativas de las organizaciones socialistas que remataron en la creación del Partido Socialdemocrático de Trabajadores de Rusia, en 1898.

Fueron sus fundadores:

Eidelmann	Tuchpapsky
Vigdorchik (judío)	Kremer (judío)
Radshenko	Kosovsky (judío)
Vanovsky	Mutnik (judío)
Petrusevich (?)	

(Los tres últimos eran de la Liga.) De modo, pues, que de los nueve fundadores, 4 eran judíos; cuatro, no judíos; y uno, incierto.

La Liga, hasta la revolución de 1905 (1), tuvo una tendencia más bien nacional-judía, y se opuso siempre a los bolcheviques. En 1906 inclusive se alineó oficialmente junto a los mencheviques para luchar contra el bolchevismo, pero ya entonces los judíos comenzaron a desertar de sus filas.

---

(1) Según Fehst, quien cita a varios autores, en la Revolución de 1905 —socialista, o más bien comunista, pues ya en 1903 la tendencia bolchevique triunfó sobre la menchevique dentro del partido— fueron los judíos los dirigentes más extremistas y radicales, y "no solamente en los centros de la zona de colonización, sino también en el interior, en el Báltico y en las grandes ciudades. En Riga, desempeñó un judío lo presidencia del Comité Revolucionario, en Livonia actuó en forma semejante el judío S. Najimson. Trotsky, en su carácter de sucesor del incoloro Chrustalief-Nossar, fué el Presidente del Soviet de Diputados Obreros de San Petersburgo, por tanto, de hecho, uno de los principales dirigentes de la Revolución (*Op. cit.*, p. 25.) No es de extrañar, pues, que la Revolución de 1905, aplastada por las bayonetas de los regimientos de la Guardia, terminara en violentos pogromes.

En la p. 36 de su obra citada, muestra Herman Fehst cómo los judíos, a la vez que permanecían por una parte fieles a la social-democracia, por otra comenzaban a dominar también en la rama revolucionaria del socialismo, o sea el bolchevismo. Reproducimos en forma compendiada el cuadro que allí, presenta, y hacemos notar: 1º, que desde 1906 inclusive no figuran más que los bolcheviques en el Comité Central del Partido Social-democrático de Trabajadores de Rusia; y 2º, que los miembros computados incluyen los "miembros" propiamente dichos y los "candidatos", que requieren aún un período de prueba para ascender a la categoría superior (distinción propia del Partido Comunista):

Año	*Congreso partidario*	*Nº de Miemb.*	*Rusos abs.*	*Rusos %*	*Judíos abs.*	*Judíos %*	*Otros abs.*	*Otros %*
1903	2º	9	4	44,5	1	11,1	2	22,2
1905	3º	5	4	80	1	20	—	—
1906	4º	3	2	66,6	1	33,3	—	—
1907	5º	17	9	53	7	41,2	—	—
1912	"Conferencia de Praga"	14	6	42,8	5	35,7	3	21,4
1917	"Conferencia de Abril".	13	7	53,8	3	23,1	2	15,4
1917	6º	25	10	40	10	40	5	20

Vale decir: la participación de los judíos en la dirección del movimiento comunista ruso antes de la catástrofe de 1917 oscila, desde 1903, entre el 11,1 y el 41,2 por ciento. Si se considera que los judíos constituían, cuando más,

el 4,1 por ciento de la población total de Rusia en tal período, se llega a la conclusión indubitable de que su número en la revolución era 8 veces más alto que el que legítimamente correspondería para afirmar que los judíos no son ni más revolucionarios ni menos revolucionarios que los demás pueblos.

En realidad, en todos los partidos democráticos y revolucionarios de Rusia había judíos prominentes. Citemos, entre los *Kadetes* (Democráticos Constitucionales), que derribaron al Zar, a: Vinaver, Grusenberg, Jollos, Hessen, Herzenstein, etc. Entre los viejos Narodniki (de la *Narodnia Volia,* La Voluntad del Pueblo, anarquistas moderados) a: Bramson, Nathanson, etc. Entre los Mencheviques, a Martof, Trotsky, Dan, Martinof, Liber (Goldmann), Abramovich, Goref, etc. Entre los Internacionalistas, a: Steklof, Sujanof, etc. Entre los Socialrevolucionarios, a: Gotz, Bernstein, Bunakof, Ruthenberg, etc. Entre los Socialrevolucionarios de Izquierda, a: Kapelinsky, Ehrlich, Linde, Steinberg, Proschian, Schlichter, Schreider, etc. Entre los Bolcheviques, finalmente —y haciendo notar que militaban en él desde mucho antes de la Revolución, en contra de lo que afirman algunos de que los judíos se hicieron bolcheviques sólo al triunfar aquélla, como diciendo: a la fuerza—, a: Borodin, Frumkin, Goloshchekin, Hanecky, Yaroslavsky, Kamenef, Lashevich, Litvinof, Liadof, Radek, Zinovief, Sokolnikof, Sverdlof, etc. En 1911, en la Escuela Bolche-

vista de Longjumeaux, cerca de París, de 12 profesores, la mitad eran judíos: Steklof, Riasanof, Davidson, Rappaport, Zinovief y Kamenef.

A fines de 1919, el Comité Central del Partido Comunista de Rusia recibió un memorándum de la Oficina Central de las Secciones Judías del Partido Comunista de Rusia y el de Ucrania, en uno de cuyos párrafos se decía: "En el curso de los 25 años que duró la evolución del movimiento revolucionario, los obreros judíos constituyeron en el oeste (excepto Polonia) el único elemento revolucionario" "...El movimiento obrero... judío... se apoderó... durante el período revolucionario de casi todas las ciudades pequeñas y villorrios. Era, pues, natural que en todos los gobiernos del oeste y el sudoeste aparecieran los dirigentes del movimiento obrero judío al frente de las organizaciones revolucionarias, tanto de las proletarias (Soviets, asociaciones gremiales) como de las democráticas. Igualmente considerable fué la influencia de los socialistas judíos en los Congresos y Soviets de Campesinos y en las administraciones de distrito". (La cita se encuentra en el estudio de Lenin sobre "La cuestión judía en Rusia".)

No necesitamos multiplicar las citas que demuestran la copiosa participación de los judíos en los movimientos políticos de tendencia revolucionaria o izquierdista en la Rusia del zar. Tampoco deseamos detenernos en la observación de la viva e incansable actividad judía, per-

sonal y mediante escritos, en la agitación obrera, estudiantil y militar, y del papel preponderante, aunque no siempre visible, por razones obvias de valor individual, que les cupo en los asaltos, como el famoso del Banco de Tiflis, en 1907, y en los atentados. Conviene hacer notar, sin embargo, que tratándose de asesinar en público a altas personalidades, los judíos demuestran un singular coraje. Así, el presidente Mac Kinley de Estados Unidos fué asesinado, el 6 de septiembre de 1901, por el judío polaco León Czolgosz (cómplice: Emma Goldmann) ; el 7 de mayo de 1866, Ferdinand Cohen disparó cinco balazos por la espalda contra Otto Von Bismarck, quien salió virtualmente ileso; el 21 de octubre de 1916, fué asesinado el Presidente del Ministerio de la monarquía austro-húngara, conde Von Stürgkh, por Friedrich Adler, hijo del fundador de la social-democracia austríaca, Víctor Adler; lo mismo le había ocurrido cinco años antes al Presidente del Ministerio del Zar de Rusia, Peter Stolypin, el 1 de septiembre de 1911; el homicida fué el judío Dimitri Bogroff; el judío Jacob Blumkin mató, el 6 de julio de 1918, al Embajador alemán en Rusia, conde Roberto Von Mirbach; en fin, para no extender demasiado la lista, recordemos los más notorios por ser los más recientes: el asesinato del ex presidente de la República Ucraniana, Petliura, el 25 de mayo de 1926, en París, por el judío Samuel Schwartzbart, y el de Wilhelm Gustloff, en Suiza, el 4 de febrero de 1936, por

David Frankfurter [1]. Hasta la mujer que atentó contra Lenin, en 1919, se llamaba Dora Kaplan...

Hay que reconocer, empero, que la política zarista, así como la anterior del reino polaco, no hacía más que robustecer las tendencias nomadistas del pueblo judío, al impedirle arraigarse en la tierra. Tenía que convertirse forzosamente en una masa miserable, de mercachifles, zapateros, sastres ("los judíos vestían a los rusos", solía decirse), intelectuales, semiletrados y empleados, en la cual no sólo actuaba el fermento revolucionario, sino que también ella misma actuaba como fermento revolucionario en la población general, mediante sus dirigentes de la "Inteligentzia" y la "Halbinteligentzia" (los intelectuales y los semiintelectuales). Desde luego, objetarán los gobernantes rusos y polacos que su experiencia les había demostrado que los judíos no se arraigan, y que el afincamiento rural es sólo un estado transitorio, hasta tanto pueden emigrar a las ciudades o ejercer el comercio (lo cual comprobamos también en la Argentina, respecto a las decantadas colonias agrícolas judías de Entre Ríos, que son verdaderos semilleros de políticos, comerciantes, usureros e intelectuales). Pero

---

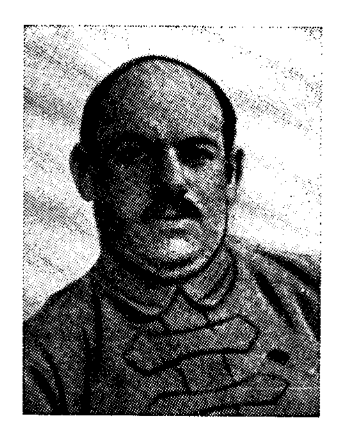
(1) Detalles completos de estos atentados y muchos otros por el estilo se encuentran en *Der Jude als Verbrecher*, de J. KELLER y HANS ANDERSEN (Berlín-Leipzig, 1937), capítulo IX.

nosotros no hemos distribuído culpabilidades, sino solamente señalado hechos. Y la cuestión judía plantea siempre el mismo orden de problemas: con arraigo o sin arraigo, tarde o temprano se convierten los judíos en factores de inquietud, desmoralización, empobrecimiento y revolución.

Por lo demás, las desgraciadas consecuencias que siguen al fenómeno de la asimilación, por las cuales el judío, apartado de su comunidad y sus tradiciones, se vuelve ateo, contribuyeron a robustecer el influjo de la ideología revolucionaria. "Los revolucionarios judíos —dice Herman Fehst— pertenecían a la clase de los judíos asimilados. Esos judíos se habían apartado del judaísmo tradicionalista y ortodoxo, y ni siquiera habían concurrido a escuelas religiosas judías, sino que, más bien, habían recibido su educación en una escuela común. Muchos de ellos, asimismo, a raíz de las limitaciones impuestas por las leyes al ingreso de judíos, habían estudiado fuera de los establecimientos respectivos y rendido luego exámenes en calidad de "libres". Precisamente, de estos "libres", en todos sus grados, que gracias al diploma así obtenido habían logrado trasponer los límites de la "zona de colonización", procedían la mayor parte de los judíos cultos y semicultos. Estos elementos del pueblo judíos habían perdido la cultura del judaísmo antiguo, mas no por eso habían asimilado la rusa; al contrario, permanecieron absolutamente extraños a toda cultu-

ra". (*Op. cit.*, p. 26.) En esta ausencia de todo sentido nacional y religioso, en esta concepción del mundo abstracta, tenían que coincidir forzosamente la ideología comunista y el judaísmo ateo.

Por lo demás, toda la población judía de Rusia contribuyó a la revolución, con su acción personal, su propaganda periodística o su dinero, porque deseaba el derrumbe del régimen zarista, que le vedaba el avecindamiento en las grandes ciudades —especialmenet Moscú y San Petersburgo— y, en general, le negaba los derechos acordados a sus súbditos cristianos. Que triunfaran los socialistas democráticos de Kerensky, o los bolcheviques de Lenin, importaba menos que la caída del Zar y su sistema, porque estaba ya visto que, a pesar de algunas tolerancias, el gobierno ruso no iba a conceder la igualdad de derechos a los judíos. No pudiendo conseguirse nada, pues, por gracia, ni tampoco por la presión de la plutocracia internacional judía, que en Rusia no resultaba tan poderosa como en las grandes naciones industriales y financieras, no quedaba más camino que derribar al Estado imperial ruso y sustituirlo por otro más "democrático". Alfred Rosenberg estudia bien la situación en un artículo publicado en *Weltkampf*, el 1º de julio de 1924: "Rusia era el único país del mundo en que la clase dirigente oponía una resistencia organizada al judaísmo mundial. Al frente del Estado había un autócrata que se hallaba a cu-



M. M. Lashevich, comandante del Ejército Oriental (Siberia), durante la guerra civil.



Kuybishef, brazo derecho de Stalin.



Arcadio Rosenholtz, Comisario del Comercio Exterior de la U.R.S.S.



Epstein, alias Jacovlef, jefe de la reforma agraria stalinista.

Berman y Firin comprueban, con expresión complacida, el orden que impera en el campamento de trabajos forzados del Canal del Mar Blanco.

De izq. a der.: Firin (jefe del campamento de trabajos forzados), Yagoda (jefe de la G.P.U.), Kaganovich y Kogan (jefe de Construcción del mismo campamento) contemplan los trabajos del Canal Volga-Moscú en septiembre de 1935.

bierto de la presión parlamentaria, y los dignatarios eran independientes, ricos, y de tal modo estaban impregnados de las tradiciones religiosas y políticas, que el capital judío, con rarísimas excepciones, no tenía sobre ellos ninguna influencia. Los judíos no eran admitidos ni en los cargos del Estado, ni en las funciones judiciales, ni en el ejército.

"Además, la clase dirigente era independiente del capital judío, porque no poseía grandes riquezas territoriales y forestales. Rusia poseía trigo en enorme abundancia, y sus reservas de oro, alimentadas sin cesar por las minas del Ural y de Siberia, eran virtualmente inagotables. Las reservas metálicas del Estado ascendían a cuatro mil millones de marcos, sin contar las riquezas acumuladas por la familia imperial, de los monasterios y de los propietarios particulares. A pesar de que su industria se hallaba relativamente poco desarrollada, Rusia podía vivir con sus propios recursos, sin importar nada.

"Todas estas condiciones económicas hacían casi imposible la esclavización de Rusia por la finanza judía internacional, según los procedimientos que tan buen resultado obtienen en las naciones de Occidente.

"Si agregamos, además, que Rusia era la depositaria de los principios religiosos y conservadores del mundo, la nación que con ayuda de su ejército había aplastado todos los movimientos revolucionarios serios, y que no admitía en

su territorio ninguna sociedad secreta, se comprenderá por qué el judaísmo mundial debía dirigir sus ataques contra el Imperio ruso".

La exposición de Rosenberg muestra claramente un sector decisivo de las razones por las cuales el derrumbamiento de la monarquía zarista interesaba a los dos brazos de la pinza judía mundial: desde arriba y afuera, la alta finanza, unida a la masonería, con su postulado de la república mundial laica, sin naciones, y, desde abajo y adentro, el comunismo, con su concepción, análoga en esencia, de la federación de secciones proletarias de la Internacional, sólo diferente de la anterior en los medios propugnados para llegar al fin común: la esclavización pacífica y larvada de los pueblos mediante la democracia internacional, en el primer caso, y la conmoción violenta de la sociedad mediante la lucha de clases y la dictadura del proletariado, en el segundo.

El derrumbe del régimen zarista.

A fines de 1916, Rusia se encontraba en estado de virtual descomposición. Su ejército sufría derrota tras derrota, por falta de municiones, por ineptitud de los comandos, por el desorden y la especulación que reinaban en materia de abastecimientos, y en fin, por la desmoralización y deserción de los soldados a causa de la incesante prédica comunista y socialista

en las filas. A estos factores se agregaban las intrigas existentes en la corte, por la turbia presencia de Rasputin, la debilidad de los ministros, la carestía de los artículos de primera necesidad y las huelgas y tumultos varios. Finalmente, al solicitarse el concurso del ejército para reforzar los servicios policiales, los soldados no sólo se negaron a disparar contra los cabecillas revolucionarios, sino que, inclusive. hicieron causa común con ellos. La suerte del trono estaba decidida. El 12 de marzo de 1917 (según nuestro calendario), cayó la dinastía de los Romanof, que había reinado en Rusia por un lapso de 300 años.

Junto a la Comisión de la Duma que debía gobernar hasta tanto se constituyera nuevo gabinete, y a cuya desventurada historia se hallan ligados los nombres de Kerensky, Miliukof y el Príncipe Livof, a los dos días de la Revolución, se instaló, a modo de co-gobierno, el Comité Ejecutivo del Soviet, Consejo de Diputados de Soldados y Trabajadores, cuyos representantes eran: N. Sokolof (ruso), Steklof (judío) y Sujanof (judío). De los 42 miembros del Comité Ejecutivo del Consejo de Trabajadores (Soviet) en marzo de 1917, 9 eran judíos; y de los 30 que componían el primer Comité Ejecutivo de los Soviets de Campesinos (20 de mayo a 17 de julio de 1917), 7 eran judíos. Naturalmente, en el Consejo de Trabajadores no había más que 2 trabajadores, y en el de Campesinos, apenas 3 campesinos.

A las tres semanas de producida la revolución, por ley del 5 de abril, todas las restricciones que pesaban sobre los judíos fueron anuladas por el gobierno de Kerensky (¹), al cual apoyaban decididamente los judíos mencheviques y socialrevolucionarios. La "Liga" se vió reforzada por nuevos adherentes "pequeños burgueses", y hasta llegó a declarar "enemigo de la Revolución" al bolchevismo. Pero su misma virada a la "derecha" y la intensa propaganda desarrollada por los bolcheviques en el verano de 1917 restó a la "Liga" muchos elementos intelectuales y proletarios, que pasaron al bolchevismo, de modo que en la elección de la Asamblea Constituyente los partidos socialistas judíos sufrieron una gran derrota. En los centros industriales, sobre todo, y en aquellos donde se confeccionaban las ropas y calzado para las tropas (ya hablamos de la importancia de los sastres y los zapateros judíos en Rusia), tanto los proletarios y semiproletarios judíos como los intelectuales y semiintelectuales se volcaron en masa en favor del bolchevismo. Esto no impidió, empero, que en las elecciones de la Asamblea Constituyente obtuvieran una abrumadora mayoría los socialistas democráticos:

(¹) La madre de Kerensky pertenecía a la famosa familia judía de Adler, de Viena, que dió a Víctor Adler, fundador de la "Segunda y media Internacional" y a Federico Adler, hijo del precedente, y asesino del Conde Stürgkh.

sobre 601 diputados elegidos, sólo 156 eran bolcheviques.

A mediados de 1917, las cosas parecen tomar mal sesgo para la revolución comunista. Pero sus jefes constituyen una minoría audaz y decidida. En julio de 1917, el gobierno provisional dicta orden de prisión contra aquéllos. Lenin huye a Finlandia, y desde allí dirige a sus fieles adeptos. La agitación en los medios obreros y militares aumenta, se distribuyen armas, los impresos subversivos circulan por millones, menudean las manifestaciones callejeras. Se pide la prisión de Miliukof, la disolución de la Duma, armas para los obreros, la tierra para los campesinos, y las fábricas para los obreros.

El 6º Congreso del Partido Bolchevique halla en la Comisión Central, además de Zinovief, Sverdlof y Goloshchekin, que ya la integraban, a nuevos judíos, algunos, procedentes de otros partidos; éstos son Trotsky (ex menchevique), la Kolontay, Joffe, Sokolnikof, Uritsky, etc. La Comisión Directiva del 6º Congreso está formada por 11 miembros, a principios de agosto de 1917; de éstos, 6 judíos, 3 rusos, 1 georgiano y 1 dudoso. La Comisión Directiva Honoraria se encuentra presa: Lenin, Trotsky, Zinovief, Kamenef, etc. El primero consiguió huir a Finlandia, como hemos dicho.

Se acrecienta el número de los miembros del Comité Central, con la inclusión de Rikof, Bubnof, Stalin, Bujarin, Dsershinsky, etc. La proporción de judíos sube del 23,1 por ciento, en

abril, al 40 por ciento. El Congreso trabaja febrilmente preparando el levantamiento armado, y clausura sus sesiones el 3 de agosto. El 5 del mismo mes, el Comité Central advierte que 25 miembros hacen demasiado engorrosa la tarea de consumar una revolución armada, y designa una comisión más reducida. La forman:

Stalin (georgiano)
Sokolnikof (judío)
Dsershinski (polaco)
Miliutin (ruso)
Uritsky (judío)
Joffe (judío)
Sverdlof (judío)
Muranof (ruso)
Bubnof (ruso)
Stasova (rusa)
Schaumian (armenio)

Vale decir: 4 rusos (36,4 %), 4 judíos (ídem) y 3 de otras nacionalidades (27,2 %).

El 23 de octubre, a instancias de Lenin y Sverdlof, y contra los votos de Zinovief y Kamenef —que no creían llegado el momento todavía de dar el golpe—, el Comité Central del Partido decidió el levantamiento. Participaron de esta sesión histórica: Lenin, Sverdlof, Zinovief, Kamenef, Trotsky, Stalin, Uritsky, Dsershinski, la Kolontay, Bubnof, y Lomof. Del total, 3 rusos, 7 judíos y 2 de otras nacionalidades. Vale decir, la terrible catástrofe bolchevique fué decidida por un grupo de hombres, de los cuales el 60 por ciento eran judíos.

En la misma sesión se crea, para dirigir el levantamiento, un "Politbüro" (Comisión permanente, u oficina, Política), que luego tendría tanta importancia, y que en las dos semanas

siguientes, hasta el 7 de noviembre, corrió con toda la responsabilidad de la revolución. Lo componían:

Lenin (ruso)
Stalin (georgiano)
Trotsky (judío)
Sokolnikof (judío)
Bubnof (ruso)
Zinovief (judío)
Kamenef (judío)

Como se ve, el 57,2 por ciento, judíos.

Para la dirección de las operaciones militares, el Soviet de Petrogrado designa el Comité Revolucionario-Militar de Petrogrado, a cuyo cargo estarían la Guardia Roja y los preparativos militares del levantamiento. Eran sus 18 miembros:

Trotsky (judío)
Podvoisky (ruso)
Lenin (ruso)
Bokii (caucasiano)
Joffe (judío)
Molotof (ruso)
Nevsky (ruso)
Unschlicht (judío)
Sverdlof (judío)
Uritsky (judío)
Antonof-Ovseienko (ruso)
Mejonoshin (ruso)
Gusief (judío)
Galkin (?)
Eremief (ruso)
Dsershinski (polaco)
Dybenko (ucraniano)
Raskolnikof (ruso)

Proporcionalmente: 33,3 por ciento de judíos.

Cuatro días después, el 29 de octubre, el Comité Central del Partido crea la Central Revolucionaria de Guerra, encargada del comando superior de todas las operaciones militares. Fué el verdadero Comando Rojo de la revolución. La constituían:

Sverdlof (judío)	Stalin (georgiano)
Bubnof (ruso)	Uritsky (judío)
Dsershinski (polaco)	

Vale decir: 2 judíos (40 por ciento) y un solo ruso (20 por ciento).

En resumen, diez personas integran la Comisión Permanente Política y la Central Revolucionaria de Guerra, los dos organismos que decidieron, virtualmente, la preparación y la realización del levantamiento bolchevique. Ellas son:

Lenin (ruso)	Zinovief (judío)
Stalin (georgiano)	Kamenef (judío)
Trotsky (judío)	Sverdlof (judío)
Dsershinski (polaco)	Sokolnikof (judío)
Bubnof (ruso)	Uritsky (judío)

Del total, 6 judíos (3/5 partes), 2 rusos (1/5 parte), 1 georgiano (1/10 parte) y 1 polaco (1/10 parte). Bien puede decirse, pues, que el destino de Rusia fué decidido por los judíos, y que la responsabilidad de la revolución bolchevique recae, primordialmente, sobre ellos([1]).

([1]) Como dato singularmente sabroso en esta época, no estará de más transcribir una frase de Winston Churchill, pronunciada, poco después de la Revolución Rusa, en Dundee, en un acto público organizado para tratar de la misma: "Esta catástrofe terrible fué consumada por una banda de revolucionarios profesionales, en su mayor parte, judíos". La frase tuvo cierta boga

El 4 de noviembre tenía el Comité Revolucionario Militar designados sus sendos comisarios en las guarniciones militares de Petrogrado, y 3 días después, el 7 de noviembre (el 25 de octubre, según el antiguo calendario ruso), el gobierno de Kerensky se derrumba, y éste debe huir, así como el general Kornilof, que había intentado en vano sostenerlo al frente de algunas tropas.

El gobierno bolchevique.

Asume el poder, —aparentemente, pues quien domina en realidad es el Partido Comunista— el primer Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom), integrado por:

Lenin (ruso), Presidente.
Rikof (ruso), Interior.
Miliutin (ruso), Agricultura.
Shliapnikof (ruso), Trabajo.
Ovseienko-Antonof (ruso) }
Dybenko (ruso) } Guerra y Marina
Krylenko (ruso) }
Nogin (ruso), Comercio e Industria.
Lunacharsky (judío), Instrucción Pública.
Skvorzof-Stepanof (ruso), Finanzas.

---

por la forma admirablemente aviesa en que la reprodujo "The Times" al hacer la crónica del acto: "Esta catástrofe terrible fué consumada por una banda relativamente poco numerosa de revolucionarios profesionales, varios de los cuales, rusos". (Cfr. A. Netchvolodow, *op. cit.*, pp. 322-323.)

Trotsky (judío), Relaciones Exteriores.
Lomof (ruso), Justicia.
Teodorovich (ruso), Asistencia Social.
Avilof (ruso), Correos y Telégrafos.
Stalin (georgiano), Nacionalidades.

Como se ve, en este organismo visible, el número de los judíos es muy reducido: dos solamente, sobre dieciséis, o sea, el 12,5 por ciento. Sin embargo, entre los comisarios del pueblo, no había más que tres que pertenecieran al mismo tiempo al *Politbüro* del Partido Comunista: Lenin, Stalin y Trotsky, y uno de ellos era judío.

El nuevo gobierno tenía que cumplir con las promesas de Lenin: "¡El poder para los Consejos (Soviets), la tierra, para los campesinos, paz para los pueblos, y pan para los hambrientos!". Era preciso, pues, firmar la paz con Alemania. La primera delegación que atravesó la frontera estaba constituída por: Joffe (judío), Presidente; Karajan (armenio), Secretario; y ocho miembros: Kamenef, Sokolnikof (judíos); Bitzenko (?), Maslotzky - Mstislavsky (?) y sendos delegados de mero relleno por los soldados, los marinos, los campesinos y los obreros. Esta delegación realizó dos gestiones infructuosas. El 9 de enero de 1918 fué reemplazada por otra: Trotsky (judío), Presidente; seis miembros (entre los cuales Joffe, Kamenef y Karajan, otra vez); tres asesores militares (entre los cuales, el judío Altvater); y cuatro asesores sobre problemas nacionales (entre

ellos, el judío Radek). En total, sobre 14 miembros, 5 judíos; antes, sobre 10, 3 judíos. La proporción sube apreciablemente en la tercera delegación, que al fin accede a las humillantes imposiciones enemigas y firma la paz en Brest-Litovsk, el 3 de marzo de 1918: Sokolnikof (judío), Presidente; Petrovsky (ucraniano), Chicherin (ruso), Karajan (armenio), miembros; y Joffe (judío), Asesor político. Sobre 5 miembros, 2 judíos, vale decir, el 40 por ciento. Obsérvese, mientras tanto, que en estas vergonzosas y largas tramitaciones, nunca dejó de hallarse un judío al frente de la delegación soviética.

Dos meses antes de firmarse la paz de Brest-Litovsk, fué disuelta la Asamblea Constituyente en circunstancias notorias. Siendo en ella los delegados bolcheviques minoría, embrollaron y prolongaron con diversas chicanas sus deliberaciones, para evitar ser desplazados. Finalmente, el 6 de enero de 1918, a las 4.40 de la madrugada, 50 marineros del destacamento encargado de la custodia de la augusta asamblea, a cuyo frente se hallaba el judío Moisés Uritsky, fundador de la Checa de Petrogrado, interrumpieron violentamente las deliberaciones, alegando ser hora de ir a dormir y estar cansados, y después de echar a los representantes del pueblo, cerraron las puertas y decretaron, con ese acto simbólico, la caducidad de la asamblea popular y la inauguración oficial de la dictadura del proletariado.

La época de Lenin.

Si bien el Congreso de los Soviets, y en los intervalos de sus reuniones, la Comisión Ejecutiva Central Panrusa de los Soviets de Diputados de Obreros, Soldados y Campesinos, ejercían el poder en Rusia, de acuerdo a la Constitución, Lenin impuso pronto el Sovnarkom, al lado de la citada Comisión Ejecutiva, y, por lo demás, en ningún momento dejó de estar el dominio efectivo de la situación en manos del Comité Central del Partido. Sin embargo, cuando en marzo de 1918 se produjo, dentro del mismo Comité Central, la oposición de los comunistas de izquierda unidos a los social-revolucionarios de izquierda, aquél fué dejado de lado —hasta marzo de 1919— y el poder pasó en ese lapso a la *Troika* (coche tirado por tres caballos), cuyos componentes fueron:

Lenin (ruso)
Stalin (georgiano)
Sverdlof (judío).

Lo que sigue, hasta el retiro de Lenin, virtualmente, es la lucha entre el centralismo y la tendencia "democrática". El primero propugnaba los organismos ejecutivos de pocos miembros, el *Politbüro,* especialmente; la segunda quería mantener las facultades supremas del Comité Central. El triunfo del centralismo no se hizo esperar; en 1919, en el 8º Congreso del Partido, quedó virtualmente establecida la pre-

eminencia de la Comisión Permanente Política, o *Politbüro*.

Veamos ahora la composición de esta Comisión, o *Politbüro*:

Año	*Cong. part.*	*Miembros*	*Rusos*		*Judíos*		*Otras nacionalidades*	
1918	7º	(Los datos permanecieron secretos).						
1919	8º	5	2	40 %	2	40 %	1	20 %
1920	9º	7	4	57,2 %	2	28,6 %	1	14,3 %
1921	10º	(Los datos permanecieron secretos).						
1922	11º	7	3	42,9 %	3	42,9 %	1	14,3 %

Es notable la diferencia respecto al Sovnarkom. Mientras en éste no hay más que un 12,5 por ciento de judíos, en el *Politbüro,* organismo supremo de Rusia, hubo, hasta el retiro de Lenin, entre el 28,6 y el 42,9 por ciento. El año 1922, en que predominaron así los judíos en el comando del partido, el total de miembros judíos en la masa partidaria no pasaba del 5,2 por ciento. En el comando, pues, eran 8,2 veces más fuertes que en el registro de afiliados. Y como, al mismo tiempo, y según el censo de 1926, la población judía sólo representaba el 1,77 por ciento de la población total, resulta que los judíos eran 21 veces más fuertes todavía en el gobierno que en la población de Rusia.

Por lo que respecta al Comité Central, se explica su desplazamiento por el *Politbüro* en virtu de la proporción más reducida de judíos que había en aquél: en 1918, 34,8 %; en 1919, 22,2;

en 1920, 25,8; en 1921, 25; y en 1922, 23,9 por ciento. Desde 1919, no pasaban de la cuarta parte, mientras que en el *Politbüro*, representaban la tercera parte. Asimismo, ya se ha visto que en el Comité Central sigue habiendo más judíos que en el Sovnarkom o Consejo de los Comisarios del Pueblo.

El asesinato de la familia imperial.

Mientras la *Troika* manda en Rusia (marzo 1918 - marzo 1919), se produce uno de los crímenes más horrorosos de la historia, sin excluir la ejecución de la familia real francesa en la revolución masónica de 1789.

El 14 de agosto de 1917, cinco meses después del derrumbe del trono, la familia imperial es trasladada de Tobolsk a Iekaterinenburg, ciudad ubicada en un rico distrito forestal y minero de los Urales, lejos de toda frontera. El 6 de julio de 1918, el embajador alemán conde Roberto von Mirbach, es asesinado por el judío Blumkin; su muerte equivale a la desaparición del único obstáculo que se oponía a la supresión del Zar y su familia. Efectivamente, en la noche del 16 al 17 de julio, vale decir, diez días después, se produce la abominable tragedia. Jefe de la guardia que custodiaba el edificio donde residía la familia imperial era el judío Jacobo Yurovsky, jefe de la Checa de Iekaterinenburg, quien dirigió la ejecución. El superior de Yu-

rovsky era el judío Caín Goloshchekin (en castellano, "trasero al aire"), hombre de confianza de Jacobo Moisés Sverdlof, que en ese período era virtualmente el hombre más poderoso de Rusia, como miembro del triunvirato (*Troika*), Presidente de la Comisión Ejecutiva Central de los Soviets y Secretario político del Partido Comunista. Su muerte súbita en 1919, poco antes del 8º Congreso del Partido (se dice que fué asesinado por unos obreros rusos en una fábrica de Moscú), decidió tal vez la derrota del grupo judío Zinovief-Kamenef-Trotsky por Stalin. Era un hombre de extraordinarias condiciones. Retenía en la cabeza, como Secretario del Partido, el nombre de todos sus miembros, vivos y muertos; su memoria y su libreta de apuntes constituían todo el aparato burocrático del Secretariado, de manera que al morir, éste hubo de ser creado virtualmente de nuevo. De más estaría decir que su frialdad e inhumanidad nada tenían que envidiar en magnitud a su memoria.

El asesinato de la familia imperial fué resuelto en Moscú por Sverdlof y Goloshchekin, y ejecutado por éste y sus dos compañeros de la Checa de Iekaterinenburg, el citado Yurovsky y el judío Beloborodof (en castellano, "barba blanca"). La familia imperial fué ultimada a tiros de revólver; sus restos fueron transportados luego al pozo de la mina "Cuatro Hermanos" y allí cremados, luego de ser rociados con bencina. Las joyas de la familia se repar-

tieron entre Yurovsky —que había sido joyero—, Beloborodof y Goloshchekin. Y como digno remate de estas abominaciones, al morir Sverdlof, se dió su nombre (Sverdlovsk) a la ciudad de Iekaterinenburg...

Durante la guerra.

Cuando las tropas alemanas, a principios de 1918, después de canceladas las primeras conversaciones de paz, avanzaron y amenazaron la capital de la Rusia zarista, el gobierno soviético abandonó Petrogrado y se instaló en Moscú. La antigua capital quedó bajo el gobierno de la Comisión para la Defensa Revolucionaria de Petrogrado, compuesta por:

Uritsky (judío)	Yeremief (ruso)
Volodarsky (judío)	Podvoisky (ruso)
Gusief (judío)	

El 9 de marzo de 1918, la administración de la capital fué confiada al Comisariado Revolucionario de Guerra de Petrogrado, organismo de 7 miembros, de los cuales 3 judíos, incluso el Presidente, Trotsky.

Uritsky, el creador y primer director de la Checa de Petrogrado, fué ultimado a balazos pocos días después de disponer la primera ejecución en masa; y la misma suerte corrió luego Volodarsky (Goldstein), comisario de prensa del Soviet de Petrogrado.

La guerra civil, entre los ejércitos blancos y el rojo, obligó al gobierno soviético a dedicar especial atención a las cuestiones militares y a la Checa. Como se sabe, Trotsky organizó el Ejército Rojo. El primer Soviet Revolucionario de Guerra se componía de los siguientes miembros:

S. Kamenef (ruso)	Trotsky (judío)
Aralof (ruso)	Skliansky (judío)
Muralof (ruso)	L. Kamenef (judío)

Luego se incorporó Unschlicht (judío), jefe supremo del Servicio Militar de Informaciones. Además participaban en la febril actividad militar, de cuyo éxito dependía la suerte de la revolución... y de los judíos, los siguientes sujetos del pueblo elegido:

Lashevich, Comandante del Frente Oriental y de las tropas del Distrito de Siberia.

Posern, Comandante del Frente Septentrional.

Zinovief, Presidente del Soviet de Petrogrado y del Comité de Defensa de la República, miembro del *Politbüro*, etc.

Kamenef, Presidente del Soviet de Moscú y, temporariamente, Presidente del Soviet de Trabajo y Defensa, miembro del *Politbüro*, etc.

Sokolnikof, Delegado responsable del Partido en todos los frentes de la guerra civil, miembro del Comité Central, etc.

Serebrovsky, Director de las Fábricas de Cañones y Delegado de la Comisión Extraordinaria de Abastecimientos del Ejército.

Messing, Miembro dirigente del "Concejo de Movilización del Soviet de Trabajo y Defensa".

Yurenef, Miembro directivo del Consejo de Comisarios del Pueblo para el Ejército y la Armada de la Comuna Septentrional.

La Checa.

El 7 de diciembre de 1917 se fundó la Checa (sigla de Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución, la Especulación y el Sabotaje, bajo la dirección del polaco Dsershinski, hombre de cara bonachona, que murió en un acceso de cólera durante una reunión; fué su ayudante el judío Sachs (1).

La Dirección de la Checa de Petrogrado, establecida a principios de 1918, se componía de los siguientes individuos: Uritsky, Presidente (judío), Bokii (caucasiano), Vorchlevsky (?) y Yosilevich (judío).

Al morir Dsershinsky, pasó a dirigir la Checa (que luego se llamó O. G. P. U., o simplemente G. P. U., sigla de Administración General Política del Estado) el polaco Menshinsky, cuyo segundo fué el famoso judío Hershel Yagoda (Yehuda), sucesor luego de Menshinsky en la dirección de la G. P. U., (desde 1935, se llamó Comisario del Interior), y sin duda, uno de los personajes más siniestros, por lo cruel y disoluto, de la Rusia Soviética. Estaba casado con una sobrina de Sverdlof. En 1937, como buena parte

---

(1) Sobre la Checa y la G. P. U., véase el Capítulo III de *La Rebelión Comunista en el mundo*, de Julio Roberto Cortés, vol. II de la "Colección Anticomunista".

de los dirigentes judíos de la primera hora, cayó en desgracia, acusado de estafa y malversaciones, y fué ejecutado por orden de Stalin, quien lo sospechaba en realidad de actividades contrarevolucionarias. A Yagoda se le atribuye el plan y organización general de esta terrible dependencia, que durante mucho tiempo ejerció virtualmente el poder supremo en Rusia.

Otros miembros distinguidos de la Checa fueron: Messing (Presidente de la Checa de Moscú, Miembro del Consejo de la Checa Panrusa, Presidente de la Checa de Petrogrado y Vicepresidente de la G. P. U.) ; Unschlicht (Lugarteniente del Director de la Checa Panrusa), Moguilevsky (Jefe de la Sección Exterior), Artusof (organizador de la Sección de Información Interior), Katzenelson (organizador de la Sección de Fronteras), Trilisser (organizador de la Sección Exterior de la Checa Panrusa y de la actual G. P. U., sucesor de Moguilevsky, Lugarteniente del Director de la G. P. U.), Kogan (ayudante de Katzenelson) y Breslau (Presidente de la Checa de Moscú).

Como los judíos insisten en decir que no tuvieron sino muy escasa participación en el sistema terrorista soviético, vamos a completar la nómina precedente con la de algunos miembros destacados judíos de algunas Checas regionales. Así, fuera de los asesinos del Zar y su familia, Yurovsky y Goloshchekin (ambos jefes chequistas en el territorio de los Urales), encontramos a Safarof (Lugarteniente del Di-

rector de la Checa de los Urales), Bela Kun (Jefe de la Checa de Crimea, y al cual volveremos a encontrar en Hungríà, con su secretaria, y Secretaria del Comité del Partido en Crimea, Semliachka, por verdadero nombre, Salkind), Kohn (dirigente de la Checa de Jarkof y Presidente de la Comisión Ejecutiva del Gobierno de la misma ciudad), Lander ("Plenipotenciario" de la Checa en el Cáucaso Septentrional), Najimson (dirigente chequista y Comisario de Guerra en el distrito militar de Yaroslaf), Weinberg (Jefe de la Sección Exterior de la Checa de Saratof), Schwartz y Laziss (Directores de la Checa de Ucrania), Finkelstein, Ehlenkrieg y Grünstein (dirigentes de la Checa de Kief), Rebeca Meisel-Kedrof o Meisel-Plastenina (dirigente chequista y notoria "verdugo" de Arjanguelsk), etc. Estas mujeres judías que martirizaban sádicamente y ejecutaban a sus congéneres, y aún a los hombres, constituyen un capítulo muy característico de la revolución soviética; fuera de la Meisel-Kedrof y la Semliachka citadas, cabe recordar a la Compañera Rosa, en Kief, y a la famosa sadista Braude, en Moscú, la cual, con sus propias manos desnudaba a las "cerdas de la Guardia Blanca" y las ultimaba a tiros (1).

---

(1) Sobre estas mujeres siniestras y otros chequistas judíos de Rusia (Jacobo Agranof, un judío epiléptico con rostro femenino, especializado en aniquilar a la "inteligencia rusa"; Feldmann y Portugueis, Lifschitz

No termina aquí, sin embargo, la historia judía de la Checa. Falta todavía la construcción, entre 1931 y 1933, en 20 meses, del Canal Stalin (del Mar Blanco al Golfo de Finlandia), de unos 227 kilómetros en total, pues en su curso se presentan varios lagos y ríos, que ahorraron trabajo, y la del Canal Moscú-Volga, 1932-1937, sobre el cual poseemos menos datos. El gobierno soviético publicó, en 1934, un libro oficial sobre "El Canal de Stalin del Mar Blanco", de donde extrajo principalmente los datos para confeccionar su estudio *Zwangsarbeit in der Sowjetunion*, "Los trabajos forzados en la Unión Soviética" (Berlín-Leipzig, 1937), el Dr. Hermann Greife, estudio del cual ahora nos valemos nosotros para destacar la preeminente intervención judía en la dirección de esta obra horrorosa, donde perecieron de frío (50 grados bajo cero), hambre, enfermedades y penurias diversas, más de un millón de personas: hombres, mujeres y niños; políticos, intelectuales, aristócratas, sacerdotes de todos los cultos (menos rabinos), obreros y campesinos; rusos, alemanes, fineses, bálticos, polacos, etc. (menos judíos). Se calcula entre 5 y 6 millones la cantidad de infortunados que pasaron hasta el comienzo de la actual guerra por los campamentos de trabajos forzados de la Unión Soviética.

---

y Schwartzmann, Steinberg y Deutsch, etc.), cfr. *Der Jude als Verbrecher*, de J. KELLER Y HANNS ANDERSEN, pp. 193-203.

Se encargó a la G. P. U. todo lo referente a la administración y dirección social y política de las formidables obras. Ella debía proveer el material humano y garantizar su rendimiento; y parece que respondió a la confianza dispensada, éxito que no es de extrañar, pues con 5 o 6 millones de individuos puestos a su disposición, no resultaba muy difícil reemplazar a los difuntos.

La dirección chequista de la obra del Canal Stalin —que luego fué transferida casi íntegramente a la del Canal Moscú-Volga— se componía de 37 miembros, de los cuales los más destacados eran los siguientes judíos:

Hershel Yagoda (Yehuda), Presidente de la G. P. U. y Comisario del Interior.

Mateo Davidsohn Berman, Jefe de la Administración General del Campamento de la G. P. U.

Lázaro Josefsohn Kogan (Kohn), Jefe de Construcciones del Mar Blanco.

Simón Grigorievich Firin, Jefe del Campamento del Canal.

Jacobo Davidsohn Rappoport, Lugarteniente de Kogan y Berman.

Naftalí Aronsohn Frenkel, Jefe de los Trabajos.

Gregorio Davidsohn Afanasief, Ingeniero Jefe.

Samuel Davidsohn Kvasnizkii, Instructor Político.

Abraham Isaaksohn Rottenberg, Jefe de los Cuadros de Aislamiento Penal.

Ginsburg, Médico del Campamento.

Brodsky, Comandante de las Tropas de Vigilancia.

Berensohn, Dorfmann, Kagner y Angert, Directores

de la Sección Financiera del Campamento de la G. P. U. [1].

Los datos que presentan Herman Fehst y el Dr. Hermann Greife, fundándose exclusivamente en publicaciones oficiales soviéticas, son incontrovertibles, y por tanto, demuestran sin lugar a dudas que la intervención de los judíos fué preponderante, no solamente en la revolución comunista y el gobierno supremo de la Unión Soviética, sino también en sus realizaciones más espantosas, vale decir: la Checa-G. P. U. y los trabajos forzados. Cuando se disponga algún día de los archivos oficiales de la U. R. S. S., y se completen los datos, que hoy sólo se obtienen por filtraciones aisladas, la proporción judía en la vida pública soviética ha de acrecentarse considerablemente, según todas las probabilidades.

Lenin, judaizante.

La igualdad de todas las nacionalidades, especialmente la de los judíos, en Rusia, fué uno de los puntos capitales de la prédica de Lenin desde el primer momento de su carrera política. El jefe indiscutido del marxismo revolucionario ruso veía la marca judía en todos los pun-

---

(1) Casi todos estos judíos recibieron en premio, la Orden de Lenin; Berman recibió la Orden de la Bandera Roja.

tos de la doctrina y la acción del socialismo internacional, y admiraba a los judíos, como también los admiraba el alemán Federico Engels. Reconocía en "su internacionalismo, en su receptividad para los movimientos dirigentes de la época (la proporción de judíos es en todos los movimientos democráticos y proletarios mayor que su proporción en la población total) los trazos de la cultura judía que han agitado al mundo". En cuanto al antisemitismo, no lo consideraba sino un expediente capitalista para apartar la atención del proletariado de su verdadero enemigo: "Los capitalistas se han esforzado en convertir en enemigos a los trabajadores de diferentes creencias, de diferentes naciones, de diferentes razas", decía en un discurso dirigido al Ejército Rojo en 1918 (citado por O. Heller en *Untergang des Judentums* ["Decadencia del Judaísmo"], Viena - Berlín, 1931, p. 133).

Ya a comienzos de 1918, a propuesta del comisario judío en el Comité Ejecutivo Central Panruso, fué creada una Comisión Especial contra el Antisemitismo, y luego, el 27 de julio de 1918, el Sovnarkom dió un decreto por el cual se ponía fuera de la ley a los pogromistas y a los que hicieran propaganda contra los judíos. Ese decreto fué redactado y escrito por Lenin, de su puño y letra. Por lo demás, y aunque no existieran en los escritos y discursos del padre de la revolución rusa múltiples referencias al papel decisivo de los judíos en ella, y

otras tantas defensas apasionadas de la "raza perseguida" —¡por la "saña capitalista"!—, bastaría para demostrar su profundo apego a la misma el hecho de haber tenido por secretario y hombre de confianza al judío Gregorio Zinovief (Apfelbaum-Radomilslky), el único alto dirigente soviético que lo acompañó en el "vagón sellado" a través de Alemania, y asimismo el divulgador insustituible de sus ideas; en efecto, Zinovief, maestro del lugar común y la formulación simplificadora, exponía los pensamientos más retorcidos de Lenin en una forma comprensible para la masa, las decisiones equívocas del Partido como textos claros e indiscutibles y las contradicciones como evidencias irrefragables. Tenía, sin duda alguna, una buena formación talmudista, y su misma fisonomía, como la de su compañero inseparable Kamenef-Rosenfeld, no revela el temperamento mesiánico de la raza, sino el otro, el talmúdico, más ducho en el manejo de las ideas y las palabras que en la acción revolucionaria. Ya vimos que, al decidirse el levantamiento armado contra el gobierno de Kerensky, en la Comisión Central del Partido, el 23/X/1917, sólo Kamenef y Zinovief votaron en contra, por temor de que no fuera la ocasión propicia; ellos querían ir a lo seguro, y les asustaba la perspectiva del fracaso.

Por lo demás, las preferencias de Lenin por los judíos —no obstante la bilis que le hacían derramar los "pequeños burgueses" de la Liga

social-democrática— resultaron providenciales para el éxito de la revolución, pues el complejo y pesado mecanismo de la administración estatal de Rusia no hubiera podido marchar después de las matanzas y expulsiones en masa de "burgueses" y burócratas que llevaron a cabo los bolcheviques. Los intelectuales y semi-letrados judíos suministraron entonces los planteles de funcionarios más o menos capaces de reemplazar a los muertos y cesantes. Sin ellos, quizás no hubiera sido posible extender inmediatamente la revolución a todo el territorio de Rusia, según lo declaraba el mismo Lenin: "...el dominio y la transformación decisiva de la administración del Estado fué posible solamente gracias a esta reserva de nuevos funcionarios de confianza, alfabetos y más o menos inteligentes" (1).

No es de extrañar, pues, que la lucha contra los bolcheviques implicara la persecución de los judíos. E, inclusive, se habla mucho de exteriorizaciones populares antijudías en la Rusia soviética, a cargo de los mismos bolcheviques: Panait Istrati, en su famoso libro *Rusia al desnudo*, capítulo V, ha dado algunos testimonios detallados de ellas. Nada tendría de raro, pues resulta difícil introducir la mentalidad inter-

(1) S. Dimanstein, uno de los auxiliares más íntimos de Lenin, en su introducción al libro de éste *La Cuestión Judía en Rusia*, edición de 1924, p. 16. (Cit. por Fehst, *op. cit.* p. 49).

nacionalista en la muchedumbre. Pero tales hechos no autorizan a concluir nada acerca del antisemitismo del actual pueblo ruso. Los únicos datos ciertos que poseemos comprueban solamente que, durante la guerra civil del período octubre 1917 - abril 1921, hubo más de 1.200 pogromes, documentados por los mismos judíos, con más de 31.000 muertos. A los ejércitos bolcheviques, especialmente el de Budenny, se atribuyen más de 100 progromes, con más de 700 muertos. Es de suponer que, después del decreto del Sovnarkom del 27 de julio de 1918, que ponía fuera de la ley a los pogromistas, tal actividad habría cesado en las filas rojas.

El interregno.

El 4 de junio de 1922 apareció en *Pravda* el primer boletín médico, suscripto por cinco facultativos y el Comisario de Sanidad, en el cual se declaraba la incapacidad de Lenin para seguir al frente del Estado (víctima de una parálisis progresiva de origen luético). Desde entonces, hasta fines de 1927, se trabó una lucha sorda por el poder. Cuatro miembros del *Politbüro* eran los pretendientes: Stalin (georgiano), Trotsky (judío), Zinovief (judío) y Kamenef (judío), el cual apoyaba las pretensiones de Zinovief. El Comité Central fué dirigido por el triunvirato: Stalin, Zinovief, Kamenef, hasta fines de 1925. Vale decir, durante 3 años

y medio, Rusia estuvo gobernada por dos judíos y un georgiano. Trotsky, en lugar de unirse a sus dos correligionarios, inició la guerra contra el triunvirato, lo que perdió a los tres judíos.

Pronto se renovó la lucha entre Centralistas y "Democráticos". Stalin se puso al frente de los primeros; Zinovief, Kamenef, Trotsky y Radek (Sobelsohn), al frente de los segundos; Trotsky, sin embargo, continuaba con sus tendencias anárquicas y arbitrarias, y por lo demás, desde 1923, el Consejo Revolucionario de Guerra, del que era Presidente, había perdido su importancia por haber cesado toda guerra civil y exterior. Los centralistas pertenecían al tipo práctico, y eran verdaderos proletarios; los "democráticos", en cambio, pertenecían al tipo teórico, de los literatos de la revolución, y eran intelectuales. En fin, los primeros querían consolidar el Estado soviético antes que todo, mientras que los segundos, más judíos que rusos, preconizaban la inmediata revolución mundial.

La muerte de Lenin decidió la derrota de sus colaboradores judíos. Trotsky obtuvo licencia en 1924 para pasar unas vacaciones en el Cáucaso; Kamenef, en 1925, es rebajado en el *Politbüro* a la categoría de candidato; Sokolnikof es excluído del mismo; y en fin, Zinovief, Kamenef y Trotsky, en la sesión plenaria de julio de 1926, son definitivamente eliminados del *Politbüro,* con lo que virtualmente termina su carrera política. En 1927, en el 15º Congreso del

Partido, queda impuesto el triunfo de Stalin, con la expusión del Partido de 100 miembros de la oposición; y en 1936, son ejecutados Zinovief y Kamenef.

¿Fué una lucha de no judíos contra judíos? Es posible que Stalin explotara inteligentemente los sentimientos antijudíos de muchos miembros del partido, pero no puede hablarse más que de una maniobra táctica y oportunista. En efecto, al lado de Stalin, y contra el cuadrunvirato judío, lucharon numerosos judíos, entre ellos: Yaroslavsky (Jefe del movimiento ateo, y miembro, en 1923, de la Presidencia de la Comisión Central de Contralor, que fué una de las armas más poderosas de Stalin, en su lucha contra la oposición), Kuybishef (Presidente de la Comisión Central de Contralor y Comisario de Inspección Obrera y Agraria), Gusief (primer Secretario de la Comisión Central de Contralor, en 1924), Kaganovich (suegro de Stalin) y Selensky (ambos, miembros del Secretariado del Comité, o Comisión, Central, cuyo jefe era Stalin), etc.

No corresponde aquí seguir las diversas maniobras de que echó mano Stalin para liquidar la oposición, desplazando el poder de un organismo a otro, creando nuevos, etc. La Comisión Central de Contralor, órgano situado por encima de la Comisión Central del Partido, y con derecho a juzgar a sus miembros, fué escogida por Stalin para librar su batalla contra la oposición. Del examen de la nacionalidad de los

miembros de una y otra en el período que hemos llamado de interregno, desde la declaración de la invalidez de Lenin hasta su muerte, se desprende la aparente paradoja de que los judíos eran menos fuertes en la Comisión Central, donde estaba la oposición representada peligrosamente, que en la Comisión de Contralor, que sirvió a Stalin para vencerla.

Presentemos, primero, el cuadro de la composición de la Comisión Central:

Año	*Cong. part.*	*Nº de miemb.*	*Rusos absol.*	*%*	*Judíos absol.*	*%*	*Otras nacion. absol.*	*%*
1923	12º	57	29	51	12	21,2	13	22,8
1924	13º	87	48	55,2	21	24,1	15	17,3
1925	14º	106	62	58,5	20	18,8	17	16
1927	15º	120	65	54,2	22	18,3	19	15,8

En enero de 1925, la Comisión Central de Contralor adquirió más poder todavía al crearse dentro de ella el Concejo del Partido, cuyas atribuciones singulares lo asimilaban a una Checa del Partido, pues no sólo intervenía en todos los actos de la vida de los miembros del mismo, sino que también sus decisiones eran inapelables. De ese modo, la Comisión de Contralor quedó dividida en tres secciones: Presidencia, Secretariado y Concejo del Partido.

Veamos su constitución:

Año	Cong. part.	Nº de miemb.	Rusos absol.	%	Judíos absol.	%	Otras nacion. absol.	%
Presidencia.								
1923	12º	14	7	50	6	42,8	1	7,2
1924	13º	21	10	47,6	5	23,8	4	19
1925	14º	29	10	34,5	8	27,6	6	20,7
1927	15º	32	7	21,8	10	31,3	6	18,8
Secretariado.								
1923	(No hay datos)							
1924	13º	8	3	37,5	4	50	1	12,5
1925	14º	8	3	37,5	3	37,5	1	12,5 [1]
1927	(No hay datos)							
Concejo del Partido.								
1923	12º	7	2	28,6	3	42,8	1	14,3
1924	13º	8	2	25	5	62,5	—	—
1925	14º	7	3	42,8	3	42,8	—	—
1927	15º	13	5	38,5	4	30,8	3	23,1

Si bien las cifras dadas son suficientemente demostrativas para comprobar la extraordinaria gravitación judía en el organismo que decidió el triunfo de Stalin sobre la fracción opositora —presuntamente judía—, hay que hacer notar, además, que en el Secretariado había secretarios, candidatos y primer secretario, y que, de 9 secretarios en total para los dos años, 6

(1) Fehst no da razón de la inexactitud de los cómputos de este año.

fueron judíos, 2 rusos, y 1 de otra nacionalidad; asimismo, de los 2 primeros secretarios, 1 fué judío y otro, ni ruso ni judío. En el Concejo del Partido, hubo en los cuatro años citados, 3 secretarios, de los cuales 2 fueron judíos y 1, ni ruso ni judío.

El Jefe de esta G. P. U. del Partido fué Kuybishef (judío), quien desde el 11º Congreso partidario se había convertido en el brazo derecho de Stalin. Los demás miembros del Concejo se distribuyeron el territorio de la Unión Soviética. Como Moscú era el centro peligroso de la oposición, tuvo dos fiscalizadores: Yaroslavsky (judío), para los establecimientos de enseñanza superior y secundaria, y Solitz (judío), para el resto de la capital. Ucrania, Crimea y el Oeste fueron confiados a Krumin (judío); las repúblicas nacionales y Turquestán, a Filler (judío); y el resto de Rusia, a dos mujeres —Sajarova (rusa) y Vasilieva (?)— y a Panof (?). Fuera del Jefe, pues, el Partido Comunista de Rusia se hallaba bajo el dominio de una Checa de 7 miembros, de los cuales 4 judíos y dos dudosos.

No cabe extraer otra conclusión de este parágrafo sino la de que el triunfo de Stalin sobre el triunvirato judío Trotsky-Zinovief-Kamenef fué sólo posible por el apoyo decisivo de otros judíos, cuya proporción en las distintas dependencias de la Comisión Central de Contralor, organismo supremo del Partido durante el período del interregno o lucha por el poder, osciló

entre el 23,8 por ciento y el 62,5 por ciento. El examen de la época de Stalin corroborará o invalidará esta conclusión.

La época de Stalin.

A principios de 1927, la preponderancia de Stalin dentro del Partido es absoluta. Así puede llevar a cabo sus planes de socialización integral de Rusia. No se trata de un socialismo nacional —como quieren hacer creer los actuales panegiristas del régimen soviético—, sino de un colectivismo internacionalista claro y neto, con su lucha de clases, su aniquilamiento de la clase agraria, su revolución mundial, su ateísmo encarnizado y su judaísmo predominante.

Así como durante la época de Lenin y del interregno, el Partido Comunista había gobernado en realidad a Rusia, mediante la Comisión Central o la Comisión Central de Contralor, durante la época de Stalin el gobierno se desplazó por momentos a los organismos que debían realizar con apremio sus planes de industrialización y socialización agraria. Por lo que se refiere a esta última, estuvo a cargo del "Instituto Agrario Internacional" de Moscú, sección de la Academia Comunista; dirigían el Instituto, y por consiguiente, toda la política soviética en el campo, tres judíos: Yacovlef (Epstein), Larin (Lurié) y Krietzmann. En cuanto a la Presidencia de la Comisión del Plan

Quinquenal, más de la mitad de sus miembros eran judíos.

Los planes de socialización integral de Stalin suscitaron una nueva oposición, esta vez de derecha, que deseaba un tránsito gradual hacia las nuevas formas, y esa oposición, integrada por rusos —Bujarin, Rikof, Tomsky, Uglanof, etc.—, se hizo fuerte en la Comisión Central de Contralor, mientras que Stalin mantenía el predominio en la Comisión Central: justamente la situación inversa del período anterior. Hubo que invertir, pues, el procedimiento y robustecer a la Comisión Central a expensas de la C. C. C. En 1930, la "derecha" rusa fué derrotada, como en 1927, la "izquierda" judía. Y, finalmente, el poder pasó al Sovnarkom, o Consejo de los Comisarios del Pueblo, autoridad suprema hasta entonces puramente nominal. Todo, en suma, determinado por la oportunidad política o económica.

Observemos esta curiosa evolución del Consejo de Comisarios del Pueblo. Al 27 de abril de 1927, como al principio, la proporción de judíos en él era mínima: un solo judío sobre 12 miembros. Al adquirir, sin embargo, en la época de Stalin el poder supremo, la proporción se modifica bruscamente. He aquí su composición al 5 de abril de 1931:

Presidente: Molotof (ruso), miembro del *Politbüro.*
Vicepresidentes: Kuibyshef (judío), ídem.
Andreief (ruso), ídem.
Rudsutak (¿letón?), ídem.

Director del Plan Quinquenal: Kuibyshef.
Comisario del Exterior: Litvinof (judío).
„ de Guerra y Marina: Voroshilof (ruso), miembro del *Politbüro.*
„ del Comercio Exterior: Rosenholtz (judío), representante de la C. C. C. en el *Politbüro.*
„ de Tráfico: Rujimovich (judío), miembro de la C. C.
„ de Transportes Marítimos: Yanson (letón), representante de la C. C. C. en el *Politbüro.*
„ de Correos y Telégrafos: Antipof (ruso), miembro de la C. C.
„ de Ejecución de Ordenes: Andreief (ruso), miembro del *Politbüro.*
Director del Consejo de Trabajo y Defensa: Ordshonikidse (georgiano), miembro del *Politbüro.*
Comisario de Agricultura: Yacovlef (judío), miembro de la C. C.
„ de Asistencia Social: Mikoyan (armenio), "candidato" del *Politbüro.*
„ de Trabajo: Zijon (judío), miembro de la C. C.
„ de Finanzas: Grinko (?).

En resumen, de 15 Comisarios del Pueblo, 6 judíos, o sea el 40 por ciento. Hemos destacado a propósito la pertenencia de los comisarios del Estado soviético a los organismos dirigentes del Partido Comunista, para que se vea en qué estrecha medida están ambos correlacionados. De más estaría decir que la mayoría de los Vicecomisariados y las comisiones especiales de altos funcionarios pasaron igualmente a manos de judíos. No los mencionamos para no cansar al lector.

Mientras tanto, la representación de la Comisión central de Contralor en el *Politbüro* y el *Orgbüro* (Comisión Permanente de Organización), dos de las organizaciones condensadas más importante del Partido, sobre todo la primera, fué reforzada, desde el punto de vista del judaísmo, con un aumento del número de sus miembros. Así, la del *Politbüro,* en 1930, pasó de 4 miembros a 9, de los cuales la tercera parte judíos: Yaroslavsky, Rosenholtz y Solitz; y la del *Orgbüro,* de 4 a 6, la tercera parte también judíos: Semliachka y Roisemann.

En 1931, la proporción de judíos en la Comisión Central del Partido, en el Consejo de Comisarios del Pueblo y en el Consejo de Trabajo y Defensa, era como sigue:

	Miembros	*Judíos* absol.	%
C. C.	138	28	20
Sovnarkom	15	6	40
C. T. y D.	11	3	27,2

La diplomacia soviética, con la entrada de Litvinof en el Comisariado del Exterior, se llenó de judíos, mucho de los cuales —inclusive el mismo Litvinof, después de su retiro al firmarse el pacto germano-soviético de 1939— permanecen todavía en servicio. Los tres sustitutos de este movedizo judío —de voluminoso prontuario policial— eran: Krestinsky (ruso, casado con una judía, igual que Stalin), Sokolnikof (judío) y Karajan (armenio). Consejeros de po-

lítica exterior en el *Politbüro* eran Lapinsky (Löwensohn) y Radek (Sobelsohn). Joffe (judío), era, hace tiempo, embajador en Berlín (terminó suicidándose, como varios otros); Dovgalevsky (judío), en París; Maisky (judío), en Londres; Petrovsky (judío), en Viena; Yurenef (judío), en Tokio; Karsky (judío), en Kovno; la Kolontay (semijudía), en Estocolmo; Minkin (judío), en Montevideo; Stein (judío), en Helsingfors, etc. Casados con judías, en cambio, Troyanovsky (en Washington), Alexandrovsky (en Praga) y Antonof-Ovseienko (en Varsovia).

Al frente de la Administración Política del Ejército Rojo, estaba el judío Schiffriss, con un gran número de auxiliares judíos —los famosos comisarios políticos del Ejército— que tanto se distinguieron a principios de la actual guerra.

En el movimiento de los *Sin Dios*, dirigido por tres judíos, Yaroslavsky, Scheinman y Lukachevsky (y cuyas hazañas pueden verse en el documentado volumen dedicado al tema *Comunismo y Religión*, por Máximo I. Gómez Forgues), había en 1929, sobre un total de 3 millones de miembros, 460.000 ucranianos y 200.000 judíos. Las restantes nacionalidades, inclusive la rusa, ofrecen cifras muy inferiores. Relativamente, la proporción de judíos en el movimiento ateo, respecto a la población total judía, era del 7,7 por ciento, índice no alcanzado por ninguna otra nacionalidad. El que le

sigue es el de los tártaros, el 4,4 por ciento de los cuales solamente participan en la campaña *sindiosista.*

En la arquitectura soviética, igualmente, descuellan los judíos Yonathan (autor del grandioso Palacio de los Soviets), Krassin, Frankfurt, Kogan, etc. En las danzas, Asath y Sulamita Messerer; en el cine, la Mansurova; en la dirección de escena, Tairof, Meyerhold, Krassin, Alexandrof, etc. Y en la prensa soviética: Radek (repugnante sujeto, eliminado en 1937, con Zinovief y Kamenef), Ilia Ehrenburg, Kossil, Lifschitz, Luria, Bragin, Abramof, Bergstein, Zijon, etc.

Finalmente, en febrero de 1937, último año del que poseemos noticias bien documentadas, hallamos en el Sovnarkom, como Comisarios o Vicecomisarios, a los siguientes judíos:

Exterior: Litvinof.

Guerra: Yankel Gamarnik.

Industria de Guerra: Rujimovich y M. Mosessohn Kaganovich.

Interior (y G. P. U.): M. Davidsohn Berman, Jacobo Saulovich Agranof y León Belsky.

Comercio Exterior: Rosenholtz.

Comercio Interior: Israel Weizer, Sajar Salomonsohn Bolotin, Mijael Abrahamsohn Levinsohn.

Tráfico: Lázaro Mosessohn Kaganovich.

Industria Pesada: A. J. Gurevich.

Industria Liviana: Isidoro Liubimof.

Industria Alimenticia: Marcos Natansohn Belenky, Levitin.

Industria Forestal: Benjamin Gantman, Lázaro Kogan.

Correos: Yagoda (poco después ejecutado).
Transportes Marítimos: Rosental.
Agricultura: Aarón Israelsohn Geister.
Bienes Estatales: Moisés Kalmanovich, Gregorio Lazarussohn Ostrovsky.
Finanzas: Levin, Kagan.
Justicia: Isaías Solz.
Higiene: M. G. Gurevich.
Prensa y Propaganda: Salomón Losovsky (Dridse).

Y, además, en distintas funciones del Estado, a: Salomón Lazarussohn Kruglitof, en la dirección del Banco del Estado, a Sajar Mosessohn Belenky y a Roisemann, en la Dirección de la Comisión de Contralor de los Soviets, a Jacobo Josefsohn Boyarsky y Baruj Shumiasky en la Dirección de la Comisión de Asuntos Artísticos, a Felipe Isaissohn Golochokin, como Juez Supremo del Tribunal Arbitral del Trabajo, a Mijael Josefsohn Lifschitz, como sustituto suyo en el mismo Tribunal, etc.

La composición, en general, de los órganos dirigentes de la Unión Soviética y el movimiento comunista mundial a principios de 1935 era como sigue (1):

INTERNACIONAL COMUNISTA (KOMINTERN)

En la Comisión Permanente a cargo de Piatnisky: 50 % de judíos.

En la Comisión Permanente a cargo de Manuilsky: 50 % de judíos.

(1) Estos datos están tomados del artículo publicado por Herman Fehst sobre *Bolchewismus und Judentum* en *Die Weltfront*, 1ª Serie, 1935.

PARTIDO COMUNISTA

Secretariado de la Comisión Central: 33,3 % de judíos.

Comisión Fiscalizadora de la C. C.: 50 % de judíos.

Politbüro de la Comisión Central: 21,4 % de judíos.

Orgbüro de la Comisión Central: 54,5 % de judíos.

Comisión Central del Partido Comunista: 41 % de judíos.

Comisión de Contrato de la C. C. del Partido: 57,5 % de judíos.

Oficina (*Büro*) de la anterior: 42,8 % de judíos.

COMISARIADO DEL INTERIOR (O. G. P. U. o CHEKA)

Organizaciones para el Interior: 50 % de judíos.

Organizaciones para el Exterior: 75 % de judíos.

Oficinas del Comisariado: 66,6 % de judíos.

GOBIERNO DE LA UNION SOVIETICA

Consejo de los Comisarios del Pueblo: 43,5 % de judíos (4,3 % incierto).

Comisión de Contralor de los Soviets del Sovnarkom: 50 % de judíos.

Oficina *(Büro)* de la anterior: 63,5 % de judíos.

Representación Diplomática en el Exterior: 61,2 % de judíos (5,4 % incierto).

No es necesario continuar dando nombres y estadísticas, que, por lo demás, se vuelven cuando más avanzamos cronológicamente, menos completos y precisos. Los judíos fundaron el comunismo, intervinieron en primera fila en la fracasada revolución de 1905, contribuyeron decisivamente al triunfo de Lenin en 1917, go-

bernaron virtualmente a Rusia durante gran parte del interregno, sostuvieron a Stalin en su lucha contra la oposición de izquierda, dirigida por judíos, y contra la de derecha, dirigida por rusos, y finalmente, colaboran en el gobierno de Stalin, hoy como en sus comienzos, sin que pueda advertirse indicio alguno en el Estado soviético y el Partido Comunista de tendencia nacionalista y antisemitismo. En una palabra, Rusia se encuentra en 1944 virtualmente tan judaizada como en 1917.

Los judíos en las demás revoluciones de tipo comunista.

Las revoluciones que poco después de la rusa estallaron en Hungría y Alemania, por influencia, y dinero, bolcheviques, naturalmente, y aprovechando la situación confusa producida en ambas naciones por la derrota en la Gran Guerra, fueron narradas en los capítulos IV, V y VI de *La Rebelión Comunista en el Mundo,* ya citada varias veces. Aquí nos limitaremos a dar los nombres de sus cabecillas, que fueron casi exclusivamente judíos. Esta preponderancia extrema de judíos en la dirección de los movimientos comunistas fuera de Rusia explica tal vez por qué fracasaron tan lamentablemente, después de cometer excesos a veces más tremendos que los cometidos en Rusia. Ya hemos visto que los judíos, frente al Estado, son disolventes, anárquicos, y no poseen el sentido constructivo político de los pueblos europeos.

En Hungría, la revolución estallada a mediados de 1919 instauró un Consejo de 26 Comisarios del Pueblo, de los cuales 18 eran judíos, vale decir, un 70 por ciento, mientras que en la población total de Hungría los judíos no representaban más que el 7 por ciento. El Jefe indiscutido de la revolución fué el judío Bela Kun (Aarón Cohen); su brazo derecho, su Secretaria Semliachka (Salkind); a los dos se los vió luego hacer de las suyas en la Checa de Crimea. Bela Kun fué apresado varias veces por potencias europeas, pero siempre la Masonería logró liberarlo. Otros colaboradores suyos fueron: José Pogany (Schwarz), Simón Kunfi (Kundstädter), Boris Grünblatt, el jorobado Otto Korvin (Klein), Rabinovich, Tibor Szamuely (el atroz asesino del "tren de la muerte"), Bela Vago (Weiss), Varga (Weichselbaum, actualmente alto funcionario de la Unión Soviética, algo así como asesor financiero de Stalin), Ronai (Rosenstengel), Vince (Weinstein), Erdelyi (Eisenstein), Deszo Biro (Bienenstock) y Garbai (el único no judío de los altos jefes revolucionarios). Se conservan asimismo los nombres de los verdugos que, bajo el rótulo de "Los hijos de Lenin", aterrorizaron a Hungría con sus crímenes y abominaciones de toda clase: Kevekes (Kohn), Luis Kovacs, Carlos Strub, Isidoro Bergfeld, Alejandro Vigh, Degsö Reinheimen, etc., casi todos judíos.

En Alemania, cuando cayó la monarquía, a

raíz de la revolución socialista, el gobierno pasó a manos de los judíos Hugo Haase (con sus ayudantes Kautsky, Kohn y Herzfeld), Schiffer (con su ayudante Bernstein), Emil Lederer, Teodoro Vogelstein, Hugo Preuss, autor de la Constitución de Weimar (con su ayudante Freund), Otto Landsberg, Paul Hirsch, Kurt Rosenfeld, Paul Levi, Gradnauer, Rudolf Hilferding, Oscar Cohn, etc. El 5 de enero de 1919 estalló la revolución de los espartaquistas, dirigida por Carlos Liebknecht (semijudío), su compañera Rosa Luxemburgo (Rosalía Lübeck), la "Santa del Partido" Clara Zetkin y Kurt Eisner (Salomón Cesmanievsky), a quien se vuelve a encontrar en los prolegómenos de la República Roja de Baviera, con sus Consejos de Obreros y Soldados. El movimiento comunista de Baviera, que alcanzó su culminación en abril de 1919, dos meses después del asesinato de Kurt Eisner, tuvo más fuerza que el de la Liga Espartaquista de Berlín. Felizmente, se dividió en dos fracciones: la literaria de los "comunistas de ideas" (Gustavo Landauer, Erich Mühsam y Ernesto Toller, fueron sus jefes, los tres judíos) y la positiva, organizada por dirigentes rojos llegados a propósito de Rusia para conseguir la adhesión de la República Roja de Baviera a la Rusia Soviética: Leviné-Nissen, Axelrod, Levien y Radek-Sobelsohn, secundados por Eppstein, Ruben, Hammer, Ochel, Rosi Wolfstein, etc., todos judíos. Según Kurt Eisner (citado por León de

Poncins, *op. cit.*, p. 137), "once hombrecillos hicieron la revolución"; y agrega Mons. Jouin: "es muy justo conservar el recuerdo imperecedero de ellos. Son los judíos: Max Löwenberg, Kurt Rosenfeld, Gaspar Wollheim, Max Rothschild, Karl Arnold, Kranold, Rosenhek, Birnbaum, Reis y Kaisser. Los diez, con Kurt Eisner van Israelovich, estaban al frente del Tribunal Revolucionario de Alemania". Las atrocidades cometidas durante la revolución bávara, especialmente, se caracterizaron por la "ejecución de rehenes"; hasta cuando ya estaba todo perdido, en el último momento, los jefes judíos de la revolución ejecutaron cuantos rehenes tuvieron al alcance de sus manos.

En Buenos Aires y Montevideo, a raíz de los sucesos de la llamada "semana trágica", en 1919, se descubrió la central agitadora, dirigida directamente desde Moscú, y la cual, a su vez, dirigía secretamente la intentona revolucionaria de la Casa del Pueblo y los sindicatos anarquistas y comunistas. Componían tal central los judíos: Isaac Molinof, Romanof, Marcos Mirnovich, Moisés Federman, Nauman Patuliosky, Isaac Reii, Pedro Wald (Valecovsky), José Ares, Baruch Ribenfeld, Marcos Chajal, Benjamín Kirschbaum, Jacobo Nilman, Máximo Rubenstein, los hermanos Germán, Salomón y José Schaferar, Juan Selestuk (Macario Ziazin), Sergio Svilof y otros dos o tres, no judíos.

En la rebelión comunista del Brasil, en no-

viembre de 1935, se destacaron aparte de los diplomáticos soviéticos judíos Minkin y Evert, los siguientes judíos: Baruch Zell, Ruben Goldberg, Abraham Rosenberg, Moisés Lipes, Karl Karfunkel, Jaime Steinberg, Jacobo Gris, José Weiss, Jacobo Frideman y Moisés Kava. (Cfr. Keller y Andersen, *op. cit.*, p. 24.)

Finalmente, actuaron en forma destacada en los notorios hechos de la última guerra civil española, los judíos Heinz Neumann y Moisés Rosenberg (segundo Secretario General de la Liga de Naciones y Embajador Soviético en la República roja española).

En la actualidad, y desde hace unos diez años, el movimiento comunista mundial en los países de Occidente ostenta casi exclusivamente jefes no judíos. Consecuencia natural de la ola antijudía provocada por el nacional-socialismo de Hitler. El judaísmo constituye un "handicap" excesivo para la difusión rápida del movimiento comunista. No siendo posible prescindir de él, hay que encubrirlo al menos. Trátase, pues, como ya hemos visto en el examen de la política soviética, de una táctica impuesta por la oportunidad y no de un principio de "nacionalización" de la doctrina comunista, la cual, entiéndase bien, o es internacional, o no es comunista.

INDICE